



La teoría económica de John Maynard Keynes (por Jan Doxrud)¹

¹ *El presente escrito puede ser encontrado también dividido en 22 artículos en la sección de “Artículos”, en donde se complementan las explicaciones con imágenes.

En este escrito abordaremos la figura y el pensamiento económico de John Maynard Keynes (1883-1946). No será un estudio exhaustivo de su obra ni nada nada cercano a aquello, sino que me centraré, más bien, en su legado en materia económica, específicamente, el legado de su *“Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero”* (1936). Por ende, este escrito pretende ser una simple introducción o un primer peldaño para aquellos que, posteriormente, quieran profundizar más en las ideas de Keynes y en sus otros escritos económicos que aquí no se abordan, así como también profundizar en su “Teoría General”. Cabe añadir que al final de cada artículo dejaré otros artículos complementarios.

Dicho esto, comenzaremos con una breve introducción donde plantearemos algunas polémicas en torno a la figura Keynes, para luego abordar algunos pasajes de su vida académica. Paso seguido continuaremos con su pensamiento económico (que se centrará en su obra de 1936, esto es su “Teoría General”) para, finalmente examinar algunas observaciones críticas planteadas por ejemplo, por el marxismo y la Escuela Austriaca de Economía. A lo largo del escrito será inevitable hacer alusión a otros autores y repasar brevemente otros autores que han realizado importantes aportes a la teoría económica.

La figura de Keynes suele cada cierto tiempo resurgir, al igual que la de Karl Marx (1818-1883), cuando acontece alguna crisis económica que azota violentamente la economía internacional, como fue la *subprime* y la actual crisis económica, producto de un factor exógeno como el Covid19. En el caso de Marx se conjura su presencia para recordar su incumplida profecía (y dogma de fe para muchos) de que el sistema capitalista esta destinado a colapsar. Pero en el caso de Keynes, su espíritu resucita para probar otro punto: la importancia del rol del Estado en la economía, específicamente, para estimular la demanda agregada por medio de la política fiscal, estimular la producción y promover el pleno empleo (aunque esta no fue una idea original de él)

Por ejemplo el 28 de noviembre de 2008 el *New York Times* publicó un artículo titulado *“What would Keynes have done?”*, y en el 2009, publicó otro bajo el título *“An old master, Back in England”*. El *Financial*, por su parte, titulaba un artículo de enero de 2009 *“In the long run we are all dependent on Keynes”* y otro, a finales de diciembre de 2009, *“The undeniable shift to Keynes”*. Y así podemos encontrarnos con numerosos artículos posteriores a la crisis subprime sobre Keynes, como el de Paul Krugman titulado *“Keynes tenía razón. Recortar el gasto público cuando la economía está deprimida deprime la economía todavía más”* (2012). Otros periódicos, recientemente, han traído de vuelta la figura de Keynes a propósito de la crisis del Covid19 (aunque cabe señalar que muchos de esos artículos parecen no entender lo que Keynes planteaba)

En esta serie de artículos examinaremos también, los mitos y caricaturas que existen en torno a la figura de Keynes. Un mito que causa polémica es si acaso Keynes fue o no el “fundador” de la macroeconomía y si, realmente, su “Teoría General” constituyó una revolución en el pensamiento económico, superando así a la economía clásica incluyendo la síntesis elaborada por Alfred Marshall. Así, por ejemplo, es cierto que el “New Deal” del presidente estadounidense F.D Roosevelt se basó en la “Teoría General” o, al menos, en las ideas de Keynes. También podríamos preguntarnos, desde un punto de vista ideológico, si acaso Keynes era un estatista, un socialista o un liberal clásico (¿o ninguna de las anteriores?)

En lo que **respecta a las caricaturas**, algunos nos dirán que Keynes era un estatista que defendía el despilfarro por parte del Estado, de manera que estas personas utilizan el concepto de “keynesiano” o “keynesianismo” como forma de rotular y criticar a un oponente. En virtud de lo anterior, ser “keynesiano” vendría a describir a aquellas personas (y economistas) que piensa que el aumento del gasto público constituye una panacea para estimular la economía y promover el pleno empleo. Otra caricatura nos dice que Keynes era un hedonista cortoplacista que nos invitaba a disfrutar el día a día (*carpe diem*), lo cual se resumía en su frase de que

LIBERTY & KNOWLEDGE

“en el largo plazo estamos todos muertos” (“*In the long run we are all dead*”) Pero tal frase fue redactada por Keynes en “*A Tract on Monetary Reform*” (1923), específicamente en el capítulo en donde aborda la teoría cuantitativa del dinero, de manera que tal frase ha sido sacada fuera de contexto para probar ideas que Keynes no tenía.

Friedrich Hayek afirmó que fue por el nombre de Keynes y su trabajo teórico que el mundo experimentó su mayor período de inflación general, pero añadía el economista austriaco que era más que dudoso que el propio Keynes aprobase las políticas que se hacían apelando a sus ideas. Hayek recuerda “*Las consecuencias económicas de la paz*” (1919) de Keynes en donde afirmaba que la forma más sutil y segura de subvertir las bases de la sociedad era devaluando la moneda. También recordaba Hayek cuando Keynes señalaba que Lenin había encontrado el mejor modo de destruir el sistema capitalista era devaluando la moneda. Más adelante añade Hayek:

LIBERTY & KNOWLEDGE

“Puedo relatar de primera mano, la última vez que discutí estos temas con él, estaba seriamente alarmado por la agitación creada por una expansión del crédito en algunos de sus asociados más cercanos. Incluso llegó a asegurarme que si sus teorías, tan necesarias en la deflación de los años treinta, alguna vez llegaran a producir efectos peligrosos, él cambiaría rápidamente la opinión pública en la dirección correcta. Pocas semanas más tarde estaba muerto y no pudo hacerlo”.

En palabras de Hayek habrían sido las ideas del grupo de doctrinarios keynesianos más jóvenes quienes guiaron la política inflacionista de pleno empleo durante los siguientes 30 años en todo el mundo. **Otras críticas a Keynes** provienen de los monetaristas, como Milton Friedman, quienes criticaban al keynesianismo apelando a que la política monetaria debía sustituir a la fiscal como medio para estabilizar la economía. Otros autores, como el mencionado Hayek, criticaba a Keynes por, en primer lugar, tener un enfoque “macro” que hacía caso omiso de la complejidad del

mundo económico y, en segundo lugar, por carecer una teoría económica sobre la formación del capital. Otros autores podrán criticar a Keynes por su fijación en el lado de la demanda y el de la oferta, y por tener una visión estrecha sobre las causas del desempleo. Igualmente, a pesar de estas y otras problemáticas en torno al pensamiento de Keynes, la influencia del pensamiento del británico (para bien o para mal) fue innegable. Milton Friedman afirmó en 1965 lo siguiente:

“En cierto sentido, todos somos keynesianos ahora; en otro, ya nadie es keynesiano. Todos usamos el lenguaje y el aparato keynesiano; ninguno de nosotros acepta las conclusiones keynesianas iniciales”.

Así, existen críticas caricaturescas basadas en la ignorancia y prejuicios, pero también existen críticas fundadas e interesantes que provienen de distintos flancos ideológicos (en este sentido se podría ser un “keynesiano” de izquierda o de derecha, para utilizar las coordenadas clásicas y simplistas del mapa político-ideológico).

LIBERTY & KNOWLEDGE

Un tema interesante, por ende, es dilucidar **qué significa realmente ser “keynesiano”** y hasta qué punto los “discípulos” de Keynes fueron realmente fieles a las ideas del maestro. En suma, podemos plantearnos el típico escenario ficticio que podríamos utilizar para otros muchos autores: si Keynes regresase a la vida por unas horas y pudiese atisbar las políticas económicas adoptadas tras su muerte en 1946, ¿estaría dispuesto a reconocer que tales políticas se encuentran inspiradas en sus ideas? Por ejemplo los modelos nacionalistas-proteccionistas de la década de 1950, el modelo de Industrialización por sustitución de importaciones (ISI), el modelo de desarrollo económico coreano de la década de 1960 o las intervenciones estatales tras la crisis subprime (me refiero la política monetaria denominada “flexibilización cuantitativa” o “*quantitative easing*”). Así, el concepto de “keynesianismo” se ha vuelto difuso, impreciso y tan elástico que hace necesario definirlo o deshacerse de él.

Pero quizás estemos ante **un pseudoproblema**, un problema innecesario, puesto que Keynes **no pretendió crear una escuela “keynesiana”** a la cual los economistas debían subordinarse acriticamente a una serie de dogmas establecidas en su “Teoría General”. Keynes no es Marx (de hecho criticó implacablemente al marxismo) y su “Teoría General” no es “Das Kapital” y, a diferencia del marxismo-leninismo, en el caso del keynesianismo” no existe una legión de feligreses que se dedican a reproducir frases añejas que hacían más sentido en la primera mitad del siglo XIX que en el XX y XXI (como es el caso del marxismo). Keynes no era un estatista, un colectivista y menos aún era un agorero anunciando el fin del capitalismo, aún cuando este parecía ser el caso para muchos, tras la crisis económica de 1929.

LIBERTY & KNOWLEDGE

En suma, todo esto podría tratarse de un pseudoproblema en el sentido de como lo entendía **Mario Bunge (1919-2020)**, que era un admirador de Keynes: un problema que surge de una idea borrosa o una deficiencia del conocimiento. En este caso tenemos que el “keynesianismo” del cual se habla y discute, y que algunos alaban y otros critican fervientemente, es uno que no guarda mucha relación con las ideas de Keynes y, más bien, es uno forjado por economistas contemporáneos a Keynes que continuaron (o creyeron continuar) con sus ideas o las modificaron, pero creyendo que no alteraban su sustancia. Como escribió el académico de economía de la “La Trobe University” (Australia), **J. E. King** en su libro titulado “*Historia de la Economía Poskeynesiana desde 1936*”, los poskeynesianos ampliaron su foco. Con esto quiere decir que los poskeynesianos abordaron temas ignorados por Keynes, como el crecimiento económico, el conflicto social, la distribución de la renta y la inflación.

Pero independiente de la postura que se tenga frente a la figura de Keynes, resulta un hecho indiscutible que tuvo una potente influencia en el desarrollo de la teoría

económica posterior, así como también una fuente de calurosos debates entre economistas. El economista e historiador del pensamiento económico, **Mark Blaug, (1927-2011)**, señaló en un artículo titulado *“Second thoughts on Keynesian Revolutions”* (1991) que la “revolución keynesiana” constituyó uno de los más notables episodios de la historia del pensamiento económico.

Añade el mismo autor que muchos vivieron fervientemente esta doctrina como si se tratara de una religión, especialmente el caso de las nuevas generaciones quienes fueron más susceptibles al “contagio” keynesiano. Por su parte, el influyente economista estadounidense, **Paul Samuelson (1915-2009)**, rotuló la *“Teoría General”* como la obra de un genio. **Joseph A. Schumpeter (1883-1950)**, en su *“Historia del Análisis Económico”* señalaba que Keynes había sido mucho más que un investigador del análisis económico. De acuerdo al economista austríaco Keynes era

*“un dirigente enérgico e impávido de la opinión pública, un sabio consejero de su país (...) un representante victorioso de sus intereses y un hombre que habría conquistado un lugar en la historia aunque no hubiera escrito nunca una línea sobre análisis científico; pues en esa hipótesis seguiría siendo el autor de *The Economic Consequences of Peace* (...)”.*

Por su parte, Joseph A. Schumpeter escribió:

*“Los críticos y admiradores del logro científico del difunto Lord Keynes estarán de acuerdo que su *General Theory of Employment, Interest and Money* (1936) ha sido el mayor éxito de los treinta y ha dominado el trabajo analítico durante el decenio siguiente a su publicación, por no decir más”.*

Schumpeter se refiere específicamente al capítulo 18 de la “TG” de Keynes titulado “Nuevo planteamiento de la Teoría General de la ocupación” donde el británico resumía su aparato analítico. Friedrich Hayek (1899-1992), quien mantuvo un célebre debate con Keynes, lo describe como uno de los pensadores más potentes de su generación y uno de sus mejores exponentes. Incluso llega a decir que Keynes era, quizás la figura intelectual *“más importante con la que jamás me he encontrado”*.

El economista **Murray Rothbard (1926-1995)** es menos generoso que Hayek y en la página 55 de su *“Keynes. The Man”* (1992), escribió que difícilmente Keynes podía ser considerado como un estudioso brillante, tal como aseveraba Hayek, puesto que Keynes leyó poquísima literatura económica y, más bien, lo que hacía era tomar un poco de conocimiento y usarlo para imponer al mundo su personalidad y falsas ideas. No siendo esto suficiente, Royhbard continuaba señalando:

“Tampoco “brillante” es una palabra muy apropiada. Está claro que Keynes fue bastante brillante, pero sus cualidades más importantes fueron su arrogancia, su ilimitada autoconfianza y su ávida voluntad de poder, de dominación, de abrirse camino en las artes, las ciencias sociales y el mundo de la política”.

Luego añadía lo siguiente:

“Además, tampoco puede considerarse a Keynes como un “revolucionario” en ningún sentido real. Poseía la inteligencia táctica para disfrazar antiguas falacias estatistas e inflacionistas con jerga pseudocientífica moderna, haciendo que parecieran los últimos descubrimientos de la ciencia económica. Keynes era por tanto capaz de subirse a la ola del estatismo y el socialismo, de las economías gestionadas y planificadas”.

Este fenómeno no es nuevo, esto es, lo que dice el maestro versus lo que dicen aquellos que se consideraban sus discípulos. Este fenómeno ha acontecido con

otros pensadores como Darwin, Freud y figuras religiosas como Jesús y el “Buddha”. El profesor emérito en UCLA, **Axel Leijonhufvud**, llegó a advertir que había que **diferenciar entre la “Economía keynesiana” y la “Economía de Keynes”**. Por su parte, Hayek incluso habla de los “discípulos desviados”. A esto añade:

“Keynes, hacia el final de su vida, no es que estuviera precisamente contento con la dirección que estaban tomando los esfuerzos de sus asociados más cercanos. Puedo perfectamente creer su dicho de que, así como Marx nunca fue marxista, tampoco él era keynesiano”.

Continuemos ahora con algunos pasajes de la vida de John Maynard Keynes.

Keynes nació unos meses después de que falleciera Marx, en junio de 1883 (Marx falleció en marzo). Ese mismo año, en febrero, nacería otro gran economista: Joseph A. Schumpeter. Como nos relata el biógrafo de Keynes, **Robert Skidelsky**, Keynes nació del matrimonio de John Neville Keynes (1852-1949) y Florence Ada Brown (1861-1958). El matrimonio tuvo otros dos hijos: Margaret (1890-1970) y Geoffrey (1887-1982). Resulta así paradójico que Keynes haya fallecido a los 62 años, cuando su padre falleció a los 97 años y su madre a los 96 años. Lo mismo vale para sus hermanos quienes alcanzaron los 80 años, en el caso de Margaret, y 95 años, en el caso de Geoffrey.

John Neville Keynes (1852-1949), su padre, abandonó las matemáticas por los estudios de Ciencias Morales en la Universidad de Cambridge en donde tuvo que cursar los “*Tripes*” que se componían de Filosofía Moral y Política, Lógica, Psicología y Economía. Entre los ilustres profesores que destacaron fue el economista y filósofo utilitarista **Henry Sidgwick (1838-1900)** y el economista **Alfred Marshall (1842-1924)** quien ejerció una potente influencia en la disciplina económica inglesa, Por su parte **Florence (1861-1958)**, la madre de Keynes, atendió mediante una beca al Newnham College y se dedicó también a la

enseñanza y a la caridad. Florence fue, a su vez, la primera mujer en convertirse en “councillor” del Cambridge City Council y “Mayor of Cambridge”.

En lo que respecta a Keynes, sus padres decidieron inscribirlo en 1896 en el examen para las becas del **College de Eton**. El Colegio del Rey de Nuestra Señora de Eton había sido fundado por Enrique VI en 1440, actualmente situado en la ciudad de Eton dentro del condado de Berkshire. En esta prestigiosa institución educativa existían dos tipos de alumnos. Por un lado estaban los estudiantes, como Keynes, quienes habían ganado una beca y que residían dentro del College. Por otro lado estaban aquellos estudiantes, denominados *oppidans*, que pagaban una matrícula bastante cara y que vivían fuera del recinto del colegio. Finalmente Keynes logró convertirse en uno de los pocos en ser seleccionados y pasar a ser un “King’s Scholar”.

De acuerdo a Skidelsky, Keynes tuvo un éxito excepcional en Eton y fue feliz dentro de un ambiente intelectual y poco mundano. En fin, Keynes seguía un camino que lo llevaría ser, como a mucho de sus compañeros, parte de una influyente élite intelectual. De Eton, Keynes pasaría posteriormente al “King’s College” de la Universidad de Cambridge. Como explica Skidelsky, el “King’s College” había sido fundado en 1441 por Enrique VI como una fundación hermana de Eton, para que sus estudiantes pobres de Eton pudieran ser instruidos en Humanidades. En Cambridge, Keynes pudo entablar nuevas amistades y comenzó a desarrollar una importante vida social y a pertenecer a grupos como la Sociedad Política de Oscar Browning (histrionador y escritor), la Sociedad de Debate de Dickinson y a la secreta Sociedad Conversaciones de Cambridge, donde pasó a ser un “Apóstol”.

Keynes también perteneció al “**Grupo Bloomsbury**” que reunía a intelectuales, escritores, filósofos y artistas. Así Keynes resultó ser una persona con múltiples intereses que iban más allá de las matemáticas. Como nos señala Skidelsky, **para Keynes, un gran economista debía** poseer una extraña combinación de dones,

como al de ser un matemático, un historiador, un hombre de Estado, un filósofo y ser tan incorruptible como un artista. Otras cualidades que Keynes destacaba en un individuo era su capacidad lógica, la sensibilidad hacia los hechos relevantes, el estilo, la diversidad de facetas, así como también las dotes teóricas y prácticas combinadas.

Añade Skidelsky que Keynes concedía un alto valor a la excentricidad y a lo que denominaba como “*estrafalariedad*”, esto es, una persona cuya curiosidad, obsesión, talento o intuición era, en diferentes grados, “*más fuerte que su lógica o su intelecto, o que va por delante de él*”. Por su parte, Backhouse y Bateman también rescatan las varias dimensiones que coexistían en Keynes, es decir, era un economista, un matemático, un académico, pero también un periodista, un filósofo moral y un hombre que se desempeñó tanto en el ámbito privado como público.

Entrando en materia económica, una figura gravitante en este ámbito fue la del ya mencionado **Alfred Marshall**. Como explica Skidelsky, Marshall no solamente fue el fundador de la economía académica inglesa, dotándola de una autoridad científica y moral, sino que además infundió en sus estudiantes un “*sentido de misión*”. El mismo Keynes reconocía esta doble faceta de Marshall, la del científico y la del predicador que supo mantener unidas a lo largo de su carrera. Para Marshall la economía debía transformarse en un motor del progreso moral pero, para alcanzar tal objetivo, se hacía necesario reconstruir la teoría económica. Esto significaba **reordenar e integrar las ideas existentes**, es decir las ideas de Adam Smith y, particularmente, las de David Ricardo con aquellas más modernas planteadas por los marginalistas como William Stanley Jevons (1835-1882), León Walras (1834-1910) y Carl Menger (1840-1921) entre otros.

Como explicaba el economista **Eric Roll (1907-2005)** en “*Historia de las doctrinas económicas*”, Marshall era parte de uno de los 3 grandes grupos que se transformaron en la “*segunda generación*” de la escuela de la utilidad marginal

compuesta por los austriacos (Böhm-Bawerk), el grupo de Lausana (Vilfredo Pareto) y el grupo inglés cuyo principal representante fue Marshall. Skidelsky cita las palabras pronunciadas por Marshall en su conferencia inaugural como Catedrático de Economía Política en Cambridge en 1885 y que mantendría por 23 años. En esta, **el economista británico se propuso 3 tareas:** fortalecer la autoridad científica de la economía, hacerla encajar con el pensamiento moral y político de la “*era victoriana*” y, por último, atraer a los mejores hombres de Cambridge sobre la materia. No era una labor fácil reconstruir esta disciplina, ya que a Marshall le precedieron autores que realizaron importantes contribuciones a la economía. Por ende, **en las próximas líneas me referiré brevemente a la contribución de estos autores, para luego retomar el hilo con Marshall, para luego regresar con Keynes.**

No está de más señalar que Inglaterra ya tenía a dos titanes en materia económica como lo fue **Adam Smith (1723-1790)** y **David Ricardo (1772-1823)**, que constituyen el núcleo de lo que se conoce como el “**sistema clásico**”. Como explica Roll, este calificativo “clásico” puede entenderse de 3 maneras: a) para dotar de autoridad indiscutible a tal sistema; b) para dar importancia a las consecuencias de esa doctrina en el campo de las políticas; c) para distinguir el sistema de las escuelas críticas que se desarrollaron posteriormente. En el caso de Smith y Ricardo, Roll destaca el hecho de que sus estudios apuntaron a comprender el mecanismo económico de la sociedad moderna, intentando encontrar aquellos principios subyacentes en el funcionamiento del sistema capitalista.

Marx, quien acuñó este término, incluía dentro de la “economía clásica” (a los cuales separaba de los economistas vulgares) a Smith, Ricardo y Malthus, pues estos habían hecho un intento de estudiar la mecánica interna o los mecanismo del sistema capitalista. Pero tal terminología se ha distorsionado puesto que dentro de los clásicos se incluye prácticamente a toda una tradición que puede rastrearse hasta los mercantilistas (incluso Marx estaría dentro de esta categoría de

“economistas clásicos”) Keynes reconoce haber estirado este concepto para incluir a autores como Mill, Marshall, Pigou y Edgeworth.

Junto a esto está también la pretensión de descubrir leyes atemporales y ahistóricas que gobiernan los fenómenos sociales. Así, de acuerdo a Roll, estos autores habrían enseñado a sus sucesores la importancia de contar con un principio unificado para explicar los fenómenos económicos.

El hecho es que Smith y Ricardo dejaron un potente legado materializado en ideas y conceptos que se irían adoptando a la posterioridad, pero también puliendo, corrigiendo y ampliando a otros problemas no atendidos por los autores. No es aquí el lugar para explicar las ideas de estos autores (aunque ya dediqué unos artículos a Adam Smith) pero sí se pueden mencionar algunos puntos medulares.

En el caso de Smith tenemos su teoría del valor basado en el trabajo incorporado a los bienes y su creencia de que la riqueza (objetos materiales útiles) radica en el trabajo, contradiciendo así al mercantilismo y al fisiocratismo. Junto a esto tenemos la importancia de la división del trabajo junto a la especialización como condición necesaria para aumentar la productividad. Otro aspecto de Smith guarda relación con el Estado, al cual le asignaba tareas específicas: defensa, administración de la justicia y obras públicas. Así, Smith se mostró partidario del liberalismo económico y enemigo del mercantilismo.

Otro rasgo de su pensamiento es la creencia de un orden natural situado por encima de las leyes humanas y en el planteamiento de la existencia de una mano invisible. Este es un recurso metafórico que explica lo que Marx denominaría como la anarquía de la producción capitalista, es decir, que el comercio internacional opera sin que exista una entidad central que lo dirija. En otras palabras existe una planificación pero de manera descentralizada en donde intervienen millones de decisiones, que involucra a productores y consumidores. Pero la mano invisible

entra también a explicar la paradoja sobre cómo es posible que el ser humano, al buscar su propio beneficio, puede terminar (sin proponérselo) beneficiando a los demás.

Como ya he explicado, se ha malinterpretado (por ignorancia o con intención) a Smith presentándolo como un ingenuo que creía que los mercados se autoregulaban o que defendía un modelo de ser humano movido solo por motivos egoístas. En realidad, de acuerdo a Smith, la conducta humana era movida “*naturalmente*” por 6 motivaciones: el egoísmo (más bien, amor propio), conmiseración, el deseo de ser libre, el sentido de la propiedad, el hábito del trabajo y la tendencia a trocar, permutar y cambiar una cosa por otra.

En lo que respecta a David Ricardo, Eric Roll destaca en primer lugar su estilo, el cual no se equiparó al de Smith, lo que se tradujo que la lectura de los “Principios” de Ricardo no pudiesen ser una igual de amena que la de su predecesor. Otro aspecto destacado por Roll es el riguroso método deductivo empleado por Ricardo así como también el uso del razonamiento *a priori*. Lo anterior se tradujo en el empleo de supuestos y ejemplos hipotéticos más que históricos. como el “hombre económico” maximizador su satisfacción. A esto añade Roll: “(...) *con toda su aparente abstracción, Ricardo era esencialmente un pensador práctico: su teorización se refería siempre al mundo de su época, que conocía muy bien*”.

En lo que respecta a sus ideas, tenemos que su teoría del valor rechaza que se encuentre determinada por la utilidad. Para Ricardo el denominado “*valor en cambio*” se deriva de la escasez o del trabajo y, cuando se refiere al trabajo se refiere tanto al presente como al trabajo pasado, es decir, aquel incorporado en herramientas, maquinarias, edificios, etc. En cuanto al salario, Ricardo expuso lo que se conoce como “**ley de hierro de los salarios**”, que nos dice que si los salarios tienden de manera “natural” a un nivel de subsistencia que permita a los trabajadores mantenerse a sí mismo y a su familia y pueda, de esa manera

reproducire. De acuerdo a esto, un aumento en los salarios tendría como consecuencia un aumento de la población y este “exceso” de oferta de trabajo traería consigo nuevamente una disminución de los salarios.

Otros aportes de Ricardo es la de las **ventajas comparativas**, la cual traería consecuencias nefastas para los productores agrícolas de Inglaterra. Junto a esto tenemos también **su análisis de las 3 clases sociales** y sus respectivas retribuciones, es decir, el fruto de la producción: terratenientes (reciben la renta), trabajadores (reciben un salario) y los capitalistas (reciben utilidades). Así, y a diferencia de los capitalistas, tanto los terratenientes como los trabajadores no invierten, sino que gastan, unos en lujos y los otros en bienes necesarios para la subsistencia. Puede suceder que este modelo tripartito no sea siempre así ya que a veces puede suceder que 2 roles recaigan sobre un mismo actor. Pero siguiendo el modelo, tenemos que el capitalista paga el salario al trabajador y el alquiler al dueño de la tierra. Pero para pagar a este último se debe tener en consideración tanto la producción de alimentos de la tierra así como también su comercialización. Ya regresaré al tema de la renta recibida por el terrateniente.

Aquí entra en escena otro concepto medular, relacionado con lo anterior, y es el de “**renta diferencial**” que es aquella parte del producto de la tierra percibida por los terratenientes dueños de las tierras más fértiles. Sucede que en las tierras menos fértiles la producción es menor y los costos unitarios de producción aumentan. En otras palabras, en las tierras menos fértiles cuesta más trabajo producir la misma cantidad de alimentos que en las tierras más fértiles. Por otra parte, de acuerdo a este modelo, tenemos que si solo existiera una tierra fértil en una región dada para una población determinada, entonces el alimento sería barato ya que se requeriría menos trabajo para producirlo (de acuerdo a la teoría valor trabajo) pero, con el aumento de la población (tal como lo planteaba Malthus), el precio del alimento aumentará.

Para satisfacer la demanda los productores expandirán la producción pero, el problema con esto, es que comenzarán a utilizar tierras menos fértiles y así se mantendrá a medida que la población vaya aumentando. En lo que respecta al tema anterior, sobre la renta del terrateniente, esta dependerá de la cantidad de productores dispuestos a alquilar la tierra (siempre y cuando sea un buen negocio en comparación con otras actividades productivas). Pero la pregunta medular es si acaso los terratenientes en los distintos tipos de tierras reciben o no la misma renta. La respuesta a esto es que los terratenientes dueños de las tierras más productivas se beneficiarían de su mayor productividad, recibiendo una mayor renta (de acuerdo a la calidad de sus tierras).

Como explica **Tim Harford** en “*El economista camuflado*”, lo que Ricardo nos dice es que existen dos elementos que determinan el coste del alquiler en ubicaciones privilegiadas: la diferencia en la productividad agrícola entre las mejores tierras y la tierra marginal y, en segundo lugar, la productividad agrícola en sí misma. Harford utiliza esta historia de Ricardo para extrapolarla a las cafeterías señalando que, al igual que las mejores tierras impondrán costes de arrendamiento elevados, las ubicaciones privilegiadas para las cafeterías impondrán igualmente alquileres elevados, siempre y cuando los clientes estén dispuestos a pagar un precio elevado por el café. Sería esto último, y no la inversa – lo que determina que el alquiler sea elevado.

En lo que respecta a los “marginalistas”, cabe destacar a 4 personajes, 3 de los cuales ya mencionamos. Al que no mencioné fue el economista alemán **Hermann Heinrich Gossen (1810-1858)**. La importancia de este autor, como explica Eric Roll, es su análisis de la conducta humana entendida como una que apunta a maximizar el goce, de manera que Gossens se centró en determinar el modo como se reproduce ese goce. El resultado es la “*Primera Ley de Gossen*” en virtud de la cual la cantidad de uno y el mismo goce disminuye de manera constante a medida que experimentamos ese goce sin interrupción. Así, como advertirá el lector, esta “Ley”

se refiere a la utilidad decreciente. Para Gossens, el valor es algo subjetivo y que no está ahí en el mundo exterior plasmado de manera objetiva.

Estas ideas serían retomadas y desarrolladas por **William Stanley Jevons** que, por lo demás, se caracterizó por concebir la economía como una disciplina científica (Jevons la comparaba con la mecánica estática). De esta manera, Jevons opinaba que la ciencia económica tenía que ser matemática porque se ocupaba de cantidades. En lo que respecta a su teoría del valor, Jevons la hace depender por completo de la utilidad, de manera que se situó en las antípodas de los “clásicos” y su teoría objetiva del valor. La utilidad no era para Jevons una cualidad intrínseca sino que relacional en donde intervenía sujeto y objeto. Otra idea relevante dentro de este tema es el de “*grado final de utilidad*”, es decir, el grado de utilidad de la última adición o de la posible adición siguiente, de una cantidad pequeña del acervo existente (ley de la utilidad marginal decreciente). Así, la “utilidad marginal” es el cambio en la “utilidad total” a medida que se consume una cantidad adicional de un bien

LIBERTY & KNOWLEDGE

Un segundo autor dentro de esta escuela fue el austriaco **Carl Menger** que, a diferencia de Jevons, no concebía la economía como una ciencia similar a las físicas y, tal concepción, se encuentra plasmada en sus libros donde el lector no encontrará ecuaciones ni nada similar. Los aporte de Menger fueron en distintos ámbitos como la metodología, dinero y teoría pura, libros que ejercerían una fuerte influencia en economistas posteriores como Eugen Böhm-Bawerk, Ludwig von Mises y Friedrich Hayek. No profundizaré en este autor ya que he dedicado un artículo a él, pero podemos señalar pone en el centro de su pensamiento al individuo pero solamente como una necesidad metodológica.

La utilidad, de acuerdo a Menger, hay que entenderla en un sentido relativo, es decir, algo es útil para el sujeto de manera que la utilidad no está plasmada objetivamente en un bien particular. **Léon Walras** seguirá en esta misma línea de

pensamiento fundamentando el valor de cambio en la utilidad y en la limitación de la cantidad. A diferencia a Menger y más cercano a Jevons, Walras utilizó ecuaciones para abordar el tema del equilibrio general, a partir del análisis de la dinámica entre oferta y demanda en los precios de equilibrio para cada mercancía

Regresemos a Marshall. Tenemos entonces que el economista británico, además de subirse a los hombros de los gigantes que le precedieron como Smith y Ricardo, tuvo también que reorganizar y compatibilizar sus ideas con las nuevas, especialmente la de los marginalistas. El resultado fue **su obra “Principios de Economía”**, publicada por primera vez en 1890. Como explica Skidelsky, Keynes y sus compañeros economistas en Cambridge fueron hombres educados con un solo libro: los **“Principios de Economía”**. Vale la pena, por lo tanto, detenernos brevemente en la figura y obra de Marshall.

En el Prólogo a la primera edición en español del libro de Marshall se puede leer que su **tratado tiene como objetivo** presentar una versión moderna de las doctrinas antiguas con la ayuda de los nuevos trabajos y haciendo referencia a los nuevos problemas de la época actual. Podemos seguir leyendo que **la función de la ciencia económica** – siguiendo la tradición inglesa – es *“recoger, arreglar y analizar hechos económicos y aplicar el conocimiento adquirido por medio de la observación y de la experiencia a la determinación de lo que han de ser con toda probabilidad los efectos inmediatos y finales de los varios grupos de causas”*. Para Marshall, las leyes económicas y sus argumentos económicos constituían una parte del material que la conciencia humana y el sentido común tenían que aprovechar para poder resolver problemas prácticos , así también, y para establecer reglas que pudiesen servir de guía en la vida cotidiana.

Marshall tomó distancia del **“homo economicus”**, un ente ficticio que, supuestamente, no obedecía a influencias éticas y que se limitaba a perseguir el lucro pecuniario *“con entereza y energía, si bien en forma mecánica y egoísta”*. Más

adelante en su obra Marshall es claro al señalar que el interés de la economía no es el ser humano considerado como un ente económico abstracto, sino que lo que le interesa es la **“criatura de carne y hueso”**. Tal criatura puede ser calculador, egoísta y vanidoso pero, por otro lado, también siente *“satisfacción en cumplir bien su cometido en su propio interés, o en sacrificarse por el bien de su familia, de sus convecinos o de su patria, y aprecia una vida virtuosa en lo que vale”*.

Si bien la economía realiza simplificaciones por medio de modelos, Marshall era consciente de sus peligros señalando que mientras, más sencilla y absoluta era una doctrina económica, tanto mayor sería la confusión que traería en los intentos de aplicación de la misma a la práctica. Y **¿qué hay de las matemáticas que el propio Marshall introdujo en la economía?** Frente a esto, el economista británico escribió que el principal uso de las matemáticas puras en las cuestiones económicas, parecía ser, el de ayudar a

“escribir rápidamente y con brevedad y exactitud algunos de los pensamientos propios para el uso propio, y el de asegurarse que se tienen bastantes premisas para las conclusiones (es decir, que las ecuaciones no son ni mayores ni menores en número que las incógnitas)”.

Así, las matemáticas eran útiles para derivar teorías económicas, así como también expresarlas y, por último, para colocar a prueba las hipótesis y teorías económicas desde un punto de vista cuantitativo. Así, por ejemplo, la **econometría** constituye un conjunto de herramientas que ayudan a predecir valores futuros de variables económicas (crecimiento, ventas y precios). Esta ciencia también utiliza datos históricos para realizar recomendaciones numéricas o cuantitativas sobre políticas públicas y, por último, utiliza la teoría económica y las técnicas estadísticas para analizar los datos económicos (experimentos u observar mundo).

Pero en los manuales **se establece una diferencia entre econometría y economía matemática**. La primera consiste en la medición de datos económicos,

de manera que versa sobre el estudio de observaciones empíricas haciendo uso de métodos estadísticos de estimación y prueba de hipótesis. En cambio, la economía matemática hace referencia a la *“aplicación de las matemáticas a los aspectos puramente teóricos del análisis económico, con poco o ningún interés en cuanto a problemas estadísticos como los errores de medición de las variables bajo estudio”*².

Por ejemplo, en el libro de Keynes podemos encontrar el uso de números y letras para expresar información o relaciones, es decir, utiliza un lenguaje algebraico. Un ejemplo muy sencillo (para el lector no familiarizado con el tema) de cómo las teorías económicas se expresan matemáticamente, utilizando fórmulas algebraicas, es la de las relaciones entre oferta y demanda, o la expresión formalizada de la demanda agregada (aquí la contribución de Paul Samuelson fue decisiva)

$$Q_x = F (P_x, G, C, I, P_n, E)$$

Aquí Q_x es la cantidad del bien x ; P_x es el precio de x ; G son los gustos; C el número de consumidores potenciales, I el ingreso total de los consumidores y su distribución, P_n el precio de los bienes relacionados; E las expectativas de los consumidores.

Para tener claro el tema de las funciones, tenemos que una función $y = f(x)$ nos dice que “ y ” es función de “ x ”, en donde “ x ” es la variable independiente o exógena, mientras que “ y ” es la variable dependiente o endógena puesto que el valor depende del que ha tomado x . En virtud de lo anterior se tiene que el “dominio” de “ f ” es un conjunto de valores que toma la variable independiente “ x ”, mientras que se denomina como “recorrido” (rango) al conjunto de valores que puede tomar la variable dependiente “ y ”. En suma, una función es una relación entre 2 conjuntos dados a saber: el dominio (conjunto x) y el codominio (conjunto y). Así, el lector podrá percatarse que todo este lenguaje formal es el que nosotros utilizamos en

² Alpha C. Chiang y Kevin Wainwright. Métodos fundamentales de economía matemática. McGraw-Hill.

nuestra vida diaria (con un lenguaje común) cuando decimos, por ejemplo, que algo “depende de...”

Los economistas pueden utilizar las funciones, para representar los beneficios y costes, la producción, la oferta y la demanda, así como también los gustos de la personas. También se utilizan en economía herramientas como las “derivadas”. Tenemos que la función es algo que varía, de manera que la derivada nos indica “cómo” varía específicamente esa función, por ejemplo, la demanda de un bien. Así, lo que se pretende es medir el cambio. Ejemplo de lo anterior son los cambios marginales en economía de manera que la función del ingreso marginal es la derivada de la función del ingreso total

Lo importante es no reducir la economía a las matemáticas, vale decir, no confundir el mapa (modelos) con el territorio (realidad económica) de manera que las matemáticas serán de utilidad de acuerdo a cómo y para qué las utilice el economista. Lo importante es tener en **consideración los límites del uso de las técnicas matemáticas** dentro de la economía.

Por ejemplo, el académico español **Jose Luis Martin Simon** hace referencia algunos de estos límites (y las consecuencias de no respetarlos) en su escrito *“El uso (y el abuso) de las matemáticas en la Economía”*. El primero es el fundamental y el más obvio, y es que la economía es una ciencia social cuyo objeto de estudios son individuos, familias y sociedades, cuyas acciones no pueden ser engullidas en esquemas analíticos. El hacer caso omiso de lo anterior ha tenido como consecuencia que los economistas matemáticos hayan creado una ruptura con las demás ciencias sociales necesarias para comprender los sistemas económicos (historia, sociología, psicología, Derecho, etc). De acuerdo a lo anterior, el economista debe resguardarse de vaciar su disciplina de contenido y caer preso de formalismos que se encuentran desconectados del mundo real. En palabras del economista español:

“La investigación y la docencia en la Economía iría mejor si los matemáticos y, sobre todo, los economistas matemáticos comprendieran de una vez que las Matemáticas son un medio y no un fin para la Ciencia Económica. Es cierto que unos y otros proclaman que las técnicas matemáticas no son más que un instrumento, una herramienta o un medio, pero todo se queda en una proclamación, pues de hecho las consideran un fin”.

Por su parte el (siempre polémico) economista español y adherente a la Escuela Austriaca de Economía, **Jesús Huerta de Soto**, también emprende una crítica en contra del uso de las matemáticas en economía. En sus “Estudios de Economía Política” (2004). Junto con crítica el método verificacionista de los positivistas el economista español rechaza la extrapolación de este a las ciencias, sociales y, por ende, a la economía. La razón de esto radica en que el objeto de estudios de las ciencias sociales no son directamente observables sino que con conceptos mentales lo cual se traduce en que la economía debe abstenerse de elaborar reglas empíricas que den cuenta del comportamiento de los agentes dentro de sistemas complejos y sistémicos. Sumado a esto el Huerta de Soto añade que en el mundo real no existen constantes sino que solo variables, de manera que nadie “ha sido capaz, ni será capaz en el futuro, de observar en el mundo exterior cosa alguna ceteris paribus”.

El autor llega a señalar que la economía cuantitativa no existe de manera que solo existiría economía lógica y teórica, de manera que el lema de la Sociedad Econométrica “ciencia es medida” no vale para la economía. En el caso de la estadística, esta solo constituye un método específico de investigación histórica, por lo que proporciona información numérica sobre los hechos históricos pasados. En los que respecta a la supuesta precisión del lenguaje matemático, Huerta de Soto, basándose en lo dicho por el **matemático Karl Menger** (1902-1985, hijo del economista Carl Menger), señala que las expresiones lógicas en economía son tan

solo más generales, pero no menos precisas que las matemáticas. En suma, para el economista español las matemáticas han hecho más mal que bien a la economía y ejemplos de esto son los modelos de competencia perfecta (que ignoran los procesos reales de mercado) o la creencia de que la planificación central era factible si las palancas de la economía eran otorgadas a los economistas matemáticos que, por medio de modelos y ecuaciones, podrían dar respuestas a las preguntas de la economía: cómo, qué y para quien producir (como lo podría creer un economista como Oskar Lange).

Más adelante en su libro, Marshall hace una precisión y es **que la Economía no podía compararse con las ciencias físicas exactas**, puesto que la Economía tenía que enfrentarse con *“las fuerzas siempre variables y sutiles de la naturaleza humana”*. Sumado a esto Marshall reconocía una ventaja de la Economía sobre las demás ciencias sociales, ventaja que derivaba del hecho de que su campo especial de trabajo proporcionaba amplias oportunidades para aplicar métodos exactos de manera indirecta, es decir, efectivamente no se podían medir los “afectos”, pero sí podían ser medidos indirectamente atendiendo a sus consecuencias. Marshall tiene claro que no se pueden medir los estados mentales de las personas, por ejemplo, el autor señala que no puede medirse directamente el placer que se deriva de fumar, pero sí podemos acercarnos a esto cuando vemos que una persona decide destinar más peniques a fumar que a tomar té o viceversa.

De acuerdo al economista británico, la Economía se ocupa principalmente

“(...) de aquellos deseos, aspiraciones y afectos de la naturaleza humana, cuyas manifestaciones exteriores constituyen incentivos de acción tales que la fuerza o cantidad de los mismos puede ser estimada y medida con bastante exactitud, y que, por consiguiente, son en cierto modo susceptibles de ser tratados por medios científicos”.

Luego, añade el mismo autor

“Se presenta una oportunidad para el empleo de los métodos y experimentos científicos desde que la fuerza de los móviles de una persona y los mismos móviles pueden ser medidos aproximadamente por la cantidad de dinero que dará para asegurarse una satisfacción deseada, o también por la suma que se requiera para inducirla a sufrir cierta fatiga”.

Ahora bien cabe precisar que Marshall también tenía en consideración los límites de la *“medida en dinero de los móviles económicos”*, puesto que las variaciones de la cantidad de placer o satisfacción derivada de una suma determinada de dinero podía variar de acuerdo a las personas y las circunstancias. En palabras de Marshall:

“Cuando dos personas que tienen cada cual una renta de 300 libras esterlinas al año pagan un impuesto de una libra, cada una de ellas se privará, al dar esa libra, de un valor igual del placer (u otra satisfacción) de que puede más fácilmente dispensarse, pero las intensidades de la satisfacción de que uno y otro se privan puede no ser exactamente igual”.

¿Qué es la economía para Marshall? En el capítulo I del Libro I responde que la Economía es, a su vez, el estudio de la riqueza y una rama del estudio del hombre. A esto añadía Marshall:

“La Economía Política o Economía es el estudio de la humanidad en los negocios usuales de la vida; examina aquella parte de la acción individual y social que esta mas íntimamente relacionada con la consecución y con el uso de los requisitos materiales del bienestar”.

Así, tenemos que la economía **tiene un doble objeto de estudio**, pero que se encuentran entrelazados. Por un lado tenemos la creación de riqueza y, por otro lado, el estudio del ser humano, su conductas y preferencias. Marshall destaca la influencia de los móviles religiosos y económicos en los seres humanos y, si bien los primeros son más intensos que los segundo, resulta ser que los móviles

económicos ejercen una influencia más directa en la vida de la personas debido a que

“(...) el trabajo que proporciona al hombre sus medios de vida ocupa generalmente su pensamiento durante la mayor parte de las horas en que su mente está en la mejor disposición, y durante ellas su carácter se está formando según la manera en que utiliza sus facultades para la ejecución de su trabajo, los sentimientos que éste le sugiere, y las relaciones que sostiene con sus asociados en el trabajo, con sus empleados o con los que lo emplean”.

La influencia de Marshall todavía es gravitante, incluso para aquellos que no lo conocen pero que sí han utilizado los clásicos manuales de economía. En el centro del pensamiento de Marshall estaba la temática del dinero y, por ende, el del valor, tal como lo aborda en el Libro V. Ahora bien Jevons, Walras y Menger también habían puesto como eje central el tema del valor y la subjetividad de este mismo.

Lo que el economista inglés intentó fue reconciliar la visión de Smith y Ricardo (teoría de los costes) con la de los modernos economistas y su teoría subjetiva del valor. Para ello, Marshall apeló a **la analogía de las tijeras**, es decir, en donde una hoja representaba la oferta y la otra la demanda, de manera que ambas variables eran necesarias a la hora de explicar la formación de los precios.

Así, Marshall escribió que se podría discutir de manera razonable si lo que corta un trozo de papel es la hoja superior o inferior de las tijeras, y determinar si el valor está gobernado por la “utilidad” o por el costo de producción. La respuesta de Marshall sería que está determinado por ambos. El economista británico **definió la demanda** como el total de bienes que un comprador puede adquirir en el mercado, en un tiempo y aun precio dado. Por otro lado, definió **la oferta** como el conjunto de bienes que los vendedores suministran en el mercado en un momento y precio determinado.

En su explicación de la demanda, Marshall apeló a los conceptos de **utilidad**, **utilidad marginal** y la **ley de utilidad marginal de creciente**, mientras que al explicar la oferta, apeló a los clásicos: la **ley de los rendimientos decrecientes** en el ámbito agrícola, la división del trabajo y su efecto en la productividad y a la teoría de Malthus de la población. Ya son de sobra conocidos los gráficos de oferta y demanda por parte de los estudiantes de economía, y que constituye un legado de Marshall, así como también el concepto de “equilibrio temporal” que depende, en el corto plazo, más de la demanda que de la oferta. En el caso de la oferta, representada por medio de una curva con pendiente ascendente hacia la derecha, podía variar en el presente inmediato, el corto plazo y el largo plazo.

En el presente inmediato la **oferta no se puede incrementar** como respuesta a un aumento repentino de la demanda, tal como ha sucedido en la actualidad con algunos productos por causa del Covid19. **La cantidad** tampoco puede reducirse de inmediato debido a una disminución repentina de la demanda, puesto que toma tiempo reducir tanto la producción como los inventarios. En el corto plazo Marshall dividió los **costos en suplementarios y primarios**. Los primeros corresponden a lo que hoy conocemos como costos fijos y los segundos corresponde a los costos variable. Los costos suplementarios no pueden cambiarse en el corto plazo pero sí pueden hacerlo los costos variables, como los del trabajo y las materias primas. Por último, en el largo plazo, todos los costos son variables.

En lo que respecta a la demanda, esta se basa en la ley de la utilidad marginal decreciente en virtud de la cual la utilidad marginal de un bien para cualquier persona disminuye con cada incremento en la cantidad de ese bien. En lo anterior Marshall introdujo las siguientes condiciones: un lapso de tiempo breve y que los bienes deben ser indivisibles para el consumidor. Como ya señalé anteriormente, la forma de medir la utilidad era de manera indirecta, puesto que no se podía mensurar los placeres y dolores de los seres humanos. Es aquí donde **entraba en juego el dinero**. Es esta capacidad de medir en dinero las preferencias lo que hacía de la ciencia económica una más exacta que las demás ciencias sociales. Marshall

terminó por elaborar la “ley de la demanda” que nos viene a señalar que la cantidad demandada se incrementa con una baja en el precio y disminuye con un aumento en el precio.

Ahora bien, Marshall asumía que esto se daba dentro de un lapso de tiempo breve y, por lo demás, asumía como constantes (*ceteris paribus*) los gustos o preferencias, el poder adquisitivo del dinero, la riqueza de la persona y el precio de los bienes sustitutos. Pero sabemos que fuera de estas suposiciones los bienes no son todos iguales, de manera que la elasticidad de la demanda no será la misma, como es el caso del insulino dependiente. Esto también explica el porqué las políticas impositivas del Estado sobre ciertos productos como el alcohol o el tabaco no altera significativamente la demanda de tales productos (lo mismo en el mercado ilegal de las drogas) En suma estamos ante una demanda elástica cuando el porcentaje del cambio en la cantidad excede el porcentaje de cambio en el precio

LIBERTY & KNOWLEDGE

Obviamente estas nos fueron las únicas temática de las que se ocupó Marshall puesto que también abordó el tema de los salarios (determinados principalmente por la oferta y la demanda y no por la productividad marginal del trabajo), la renta, el interés (su influencia en la oferta de ahorro y en la inversión) y la distribución del ingreso nacional.

En el **plano ideológico**, Marshall en “*The Social Possibilities of Economic Chivalry*” (1907) había advertido que entre los economistas profesionales había una tendencia a favorecer la expansión de la intervención estatal, aunque no habían llegado al extremo al que habían llegado lo socialistas y colectivistas. Marshall advertía también que era ir demasiado lejos el pretender que la propiedad privada fuese sustituida por la propiedad estatal de los medios de producción. En el mismo escrito se puede leer sobre el tema de la distribución del ingreso y la disatisfacción que esto generaba en muchas personas.

No obstante lo anterior, advertía en contra de la perversión de este tema por parte de los “utópicos”, para quienes la riqueza debía dividirse de manera igualitaria como condición previa para lograr la felicidad del ser humano. Ahora bien, Marshall añade que por si “socialista” se entiende a aquella persona interesada por mejorar las condiciones de vida de las personas, entonces él sería uno, pero no estaba dispuesto a alcanzar tal objetivo por medio de los métodos colectivistas de un Estado omnipotente y la supresión de la libre empresa.

Hasta aquí paréntesis sobre Marshall, ahora continuemos con Keynes.

Señalamos que Keynes y sus amigos economistas crecieron bajo la sombra de Marshall, pero sería Keynes con su **“Teoría General” (en adelante TG)** el que desafiaría las enseñanzas del maestro lo cual le valió varias críticas, como las de Arthur Pigou (1877-1959), sucesor de Marshall en la cátedra de Economía en Cambridge. Pero, como apunta Skidelsky, Keynes siguió siendo inequívocamente un “marshalliano”, en el sentido de que la visión económica de Marshall sirvió de instrumento para descubrir la verdad concreta.

Continúa explicando el biógrafo que Keynes formó parte de la última generación que afirmaba gobernar las cuestiones humanas en nombre de la cultura, de manera que se dirigía al mundo no como un técnico, sino que **como un sacerdote** (como el Marshall “predicador”). Es sabido que Keynes era un hombre que tenía un exceso de confianza en sus capacidades y, como apunta Skidelsky, era un miembro de la aristocracia intelectual y su historia había sido una de casi perfecto éxito. Esto también se podía notar en el tono de su “TG”. Antes de su publicación, a comienzos de 1935, **escribió una carta George B. Shaw** en donde se refería al tema del marxismo, pero en un pasaje Keynes aseveraba que **estaba escribiendo un libro sobre teoría económica que creía que iba a revolucionar en gran medida – en el curso de 10 años – la forma en que el mundo pensaba en los problemas económicos. A esto añade Skidelsky:**

LIBERTY & KNOWLEDGE

“La idea de que estaba diciendo algo nuevo parece haberle acompañado desde el principio, junto con la convicción de que sus mayores eran demasiado estúpidos o convencionales para entenderlo (...) esto no era tan solo la arrogancia de un individuo, sino la arrogancia de un lugar, Cambridge. Keynes se proclamó a sí mismo como un rebelde contra la ortodoxia marshalliana. Pero durante la mayor parte de su vida, la economía de Cambridge, al igual que la filosofía de Cambridge, se vio a sí misma como más avanzada que nada de lo que se estuviera haciendo en otra parte ”.

Keynes es descrito por Skidelsky como una persona “maravillosamente polifacética” y con una **“maquinaria de pensamiento soberbiamente eficaz”**.

No fue un experto ni una eminencia en las disciplinas que abarcó. Por ejemplo, no fue un notable matemático, un notable filósofo o un historiador connotado. Pero, como señala su biógrafo, su genialidad radicaba en la combinación de sus dones.

En lo que respecta a su estilo, Skidelsky afirma que Keynes fue el **“mayor persuasor en la economía del siglo XX”**, puesto que cuando escribía era capaz de atraer la atención tanto de los economistas como la de los legos.

Skidelsky resalta 4 cualidades de Keynes. La primera consistía en su capacidad de conectar la economía con el sentido común. Ejemplo de lo anterior era cuando Keynes afirmaba que el “empleo dependía de la demanda agregada”. Con esa expresión Keynes no estaba diciendo otra cosa que una constatación de sentido común y es que cuando nadie compra un bien “X”, entonces no tiene sentido producirlo. **En segundo lugar** era el sentido de urgencia que impregnaban los escritos del economista británico, dirigiéndose al público con un plan para mejorar las cosas, escribe Skidelsky. **En tercer lugar** tenemos que Keynes hablaba y escribía con una gran convicción moral y que el mundo podía ser mejorado por medio de la acción del gobierno. **Por último**, Keynes hablaba con autoridad, no solo como miembro del “King’s College” de la Universidad de Cambridge, sino que también como autor de obras como *“Las consecuencias económicas de la paz”* (1919).

Pasemos ahora a examinar la “TG” de Keynes. El década de 1930 estuvo marcada profundamente por la crisis económica de 1929 y la posterior depresión. No profundizaré en esta crisis ya que he escrito algunos artículo sobre el tema y que están disponibles hacia el final de cada uno de estos artículos. De acuerdo a Skidelsky, la “TG” de Keynes estaba proyectada, ciertamente, hacia su entorno, pero esto último no debía ser reducido únicamente a la depresión mundial, sino que también a sus repercusiones políticas y sociales, para ser más precisos, a la expansión del comunismo, el fascismo y el nazismo.

Recordemos que la **dictadura soviética** estaba, desde la muerte de Lenin en 1924, bajo el férreo control de Stalin y el comunismo a nivel internacional se alineó (salvo algunas excepciones) con las directrices emanadas desde Moscú. Por su parte, **Mussolini** llegó a la presidencia del Consejo de Ministro en 1922 y **Hitler** llegaría a la cancillería en 1933 (mismo año en que Roosevelt llegó a la presidencia en Estados Unidos). La debacle socioeconómica producto de la crisis de 1929 se tradujo en un desprestigio tanto de la democracia liberal, así como también del capitalismo. Después de todo las democracias se mostraron ineficientes a la hora de responder ante la miseria social, producto de una crisis iniciada en Wall Street: la cuna del capitalismo. Por lo demás, y como pensaba Keynes, la idea de que la libre interacción oferta y demanda pondría fin al desempleo resultaba ser errónea. Esta idea nos dice que en un mercado laboral competitivo, en donde la oferta de trabajo supera a la demanda de trabajo, los precios (salarios) deberán descender para que ese excedente de trabajo llegue a su fin. Lo mismo sucede con el ahorro y la inversión en relación con la tasa de interés. Pero Keynes rechaza el equilibrio walrasiano y su idea del “tanteo” (*tatonnement*) o “subasta” en donde se equilibraban oferta y demanda por medio de los precios.

Como explica el **economista marxista argentino, Rolando Astarita**, Keynes rechazó la teoría del empleo de los clásicos. Tal teoría postulaba la existencias de dos funciones, siendo la primera la de oferta y, la segunda, la de demanda del trabajo. La función de oferta establecía que la utilidad del salario real era igual a la

“desutilidad del trabajo” (que aumenta con el número de horas trabajadas), de manera que cuando aumentaba la cantidad de trabajo, el salario debía subir para poder así compensar el creciente aumento de la desutilidad del trabajo. Por otro lado, la función de demanda establecía que el salario era igual a la productividad marginal (Pmt) del trabajo . La Pmt puede ser definida como el aumento obtenido en la producción por la utilización de una unidad adicional del factor, manteniendo todos los demás constantes. Así, tenemos que que Pmt disminuye a medida que aumenta el volumen de empleo. Así, la teoría clásica señalaba que el nivel del empleo se fijaba en aquel punto en donde se cruzaban las curvas de oferta y demanda, llegando así al equilibrio.

Siguiendo esta lógica, continúa explicando el argentino más adelante en su libro, que la teoría clásica señalaba que durante una crisis, la baja de los salarios tendría como consecuencia una disminución de los precios. En virtud del “efecto Pigou”, esto es, que la disminución general en el nivel de precios durante la crisis incrementará el valor real de los activos de las personas, tanto la demanda como el empleo aumentarían. Siguiendo esta línea de razonamiento, tenemos también que la disminución de los salarios y precios, dada una cantidad de dinero, tendrá también como consecuencia un aumento de la oferta monetaria en términos reales, oferta que presionaría a la baja la tasa de interés, con el consecuente aumento aumentando tanto del el consumo como de la inversión. Siguiendo a Astarita, tenemos que los costos de producción disminuían – como resultado de la disminución de los salarios – lo cual traía consigo un aumento de los beneficios de manera que esto se traducía en aumento de la inversión y el empleo. Por último tenemos que la caída de los precios tendría otra consecuencia: el aumento de las exportaciones.

Teniendo en cuenta el escenario de miseria y desesperación post crisis de 1929, resulta comprensible que se buscaran “otras vías” hacia el desarrollo ya sea en los fascismos, en el nazismo alemán o el comunismo. Sumado a esto, también se tiró por la borda cualquier convicción en la capacidad autoreglativa de los mercados

Muchos jóvenes intelectuales en Cambridge se vieron fuertemente hechizados por las promesas del comunismo de un mundo sin exploración y sin clases sociales, sentimiento que se reforzó con la llegada de Hitler al poder.

Keynes quería evitar que el mundo optara por estos extremos totalitarios. Era un ferviente crítico del marxismo. En la ya citada carta enviada al socialista George B. Shaw, **Keynes aseveraba que el valor económico de “Das Kapital” era nulo** y, en una segunda carta destaca la manera inmunda de escribir de Marx, y que las ideas de él y de Engels no eran más que discusiones pasadas de moda. En sus **“Ensayos de Persuasión”**, dedica en el capítulo IV a analizar la situación en Rusia (1925) y la “fe comunista”. En palabras de Keynes, el leninismo era una combinación de dos aspectos que los europeos habían mantenido durante siglos en diferentes compartimentos del alma: la religión y los negocios.

Añadía que el leninismo, al igual que otras religiones nuevas, derivaba su poder no de la multitud sino de una pequeña minoría de conversos entusiastas cuyo llenos de fanatismo e intolerancia, con un ardor misionero y ambiciones ecuménicas. Así, para Keynes, Lenin, más que semejarse a un Otto von Bismarck se asemejaba, se parecía, más bien, a Mahoma. Así Keynes aseveraba que no estaba preparado para un credo (comunista) que se mostraba indiferente ante a la destrucción de la libertad y que utilizaba deliberadamente las armas de la persecución, destrucción y la lucha internacional.

Keynes manifestaba también la imposibilidad de aceptar una doctrina que enaltecía como su biblia un libro de texto de economía política (Das Kapital), que Keynes **consideraba como obsoleto, científicamente erróneo y que no tenía ningún interés ni aplicación para el mundo moderno.** El autor continuaba su crítica señalando que si el comunismo llegase a alcanzar cierto éxito, lo haría en su aspecto religioso, pero no como una técnica económica mejorada. Desde esta perspectiva, para el autor, el comunismo ruso no había realizado ninguna contribución a los problemas económicos de interés intelectual o de valor científico.

LIBERTY & KNOWLEDGE

En otro ensayo publicado en el Hogarth Press titulado **“El fin del laissez faire”** (1926) Keynes se preguntaba cómo era posible que una doctrina tan ilógica y tan torpe como el marxismo podía haber ejercido de modo tan poderoso y duradero una influencia sobre las mentes de los hombres y, a través de ellas, sobre los acontecimientos de la historia.

Se entiende, teniendo en consideración lo anterior, la razón por la que el historiador marxista, **Eric Hobsbawm (1917-2012)**, escribió en el libro **“Como cambiar el Mundo”** lo siguiente:

“(...) incluso cuando la última generación de estudiosos previa a 1914 empezó a decantarse hacia el socialismo (aunque de manera no marxista), el economista más eminente y, como se evidenció después, políticamente más activo que surgió, J. M. Keynes, no muestra indicio de interés ni conocimiento alguno ni por Marx ni por ninguno de los debates económicos acerca de Marx”.

Así, en el contexto del período de entre guerras (1919-1939), marcado por la depresión económica y los radicalismos ideológicos, Keynes descartó esas otras vías alternativas al capitalismo. En su lugar, Keynes creyó necesario mantener el capitalismo basado en la propiedad privada de los medios de producción y el libre mercado, pero bajo la regulación estatal para evitar en el futuro futuras crisis. No se puede comprender la “TG” sin comprender el contexto histórico no solo europeo, sino que mundial y, por ende, no se pueden entender las ideas económicas haciendo caso omiso del contexto en las cuales nacieron. De acuerdo a Skidelsky, la “TG” estaba diseñada para proporcionar una teoría a un mundo en depresión y que, a diferencia de otros escritos de Keynes, la “TG” fue escrita por un Keynes impactado por las repercusiones de la crisis en Estados Unidos, lo cual lo estimuló a “pensar más en general sobre los aprietos de las economías modernas”.

Keynes comenzó a trabajar en su libro a principios del año 1932, teniendo en mano numerosas críticas y observaciones realizadas por expertos en la materia.

Finalmente el libro fue publicado en 1936. Hay que decir que no es un libro que se pueda leer con facilidad ya que es denso, un tanto desordenado y con un uso descuidado de los conceptos. Como nos recuerda el historiador económico de la Universidad de Duke, **Bruce Caldwell**, en su estudio introductorio de del volumen de las obras completas de Friedrich Hayek, *“Contra Keynes y Cambridge”*, el mismo **Paul Samuelson señalaba** que el secreto de la Teoría General de Keynes residía en ser un libro mal escrito y apenas organizado, y que no servía para ser utilizado en clases.

Por lo demás, más de alguno podrá ser espantado por la introducción del álgebra en el libro y un solo gráfico el capítulo XIV para mostrar la interacción entre la inversión y el tipo de interés. **Como escriben Backhouse y Bateson** (economistas a los que regresaremos más adelante) para muchos de sus contemporáneos, la “TG” era un libro abstruso y matemático. Esto no era de sorprender puesto que Keynes tenía una formación matemática, pensaba como matemático y utilizaba un lenguaje matemático como el de función, programa o curva. De acuerdo los autores, aun cuando Keynes usó las matemáticas en su “TG”, este se negó a recurrir a un modelo matemático para resumir el argumento en su conjunto y es por ello que las generaciones posteriores no consideraron su libro como uno matemático. A esto añaden:

“Sus matemáticas estaban insertas en el texto, el cual incluían conclusiones que iban más allá de los resultados que se pueden obtener utilizando únicamente el álgebra. La explicación es que Keynes estaba tratando de usar símbolos matemáticos para hacer solo una primera aproximación a ideas que no podían representarse a cabalidad en su formalismo matemático”.

En relación con el uso de las matemáticas, Skidelsky afirma que el escepticismo de Keynes hacia el uso de estas en economía creció. Tal actitud se debía a su comprensión de la *“complejidad y naturaleza reflexiva, de la vida social”*. Keynes lo expresa de la siguiente manera en el capítulo 21 de su “TG”:

“Una parte demasiado grande de la economía “matemática” reciente es una simple mixtura, tan imprecisa como los supuestos originales que la sustentan, que permite al autor perder de vista las complejidades e interdependencias del mundo real en un laberinto de símbolos pretensiosos e inútiles”.

Como apunta Skidelsky, mientras Keynes se mostraba escéptico sobre la utilización de las estadísticas para realizar predicciones, sus seguidores las tomaron muy en serio. Por su parte J. E. King escribió:

“La primera y más importante lección que los poskeynesianos aprendieron de sus investigaciones sobre la filosofía de Keynes consistió en que éste entendía la economía como una ciencia moral, en vez de como una ciencia natural”.

Más adelante añade el mismo autor:

“Quizá, una conclusión más generalmente aceptada podía ser que, para Keynes, ni las especulaciones teóricas, ni la investigación empírica tenían valor por sí mismas, sino sólo en la medida en que contribuían a solucionar problemas prácticos de amplio interés general”.

Por su parte, el economista marxista argentino, **Rolando Astarita**, explica en su libro *“Keynes, poskeynesianos y keynesianos neoclásicos. Apuntes de economía política”*, que el economista británico *“otorgaba más importancia a la comprensión de la realidad que a la construcción de modelos formalmente correctos”*. Esto, señala el mismo autor, sería en cierta medida olvidado por los economistas posteriores neoclásicos quienes concebían la sociedad *“como un gran mecano, conformado por relaciones rígidas y lineales entre las partes y el todo, donde los comportamientos de los agentes son constantes y previsibles”*.

Como explica el mismo King, que cita las palabras del propio Keynes (dirigidas a Roy Harrod en 1938), la economía era para el británico, una rama de la lógica, una

manera de pensar y se mostraba en contra de transformarla en una “ciencia pseudonatural”. Añadía Keynes que la economía era “la ciencia de pensar en términos de modelos unida al arte de escoger modelos que son relevantes para el mundo contemporáneo”. Junto a esto agregaba que el material al que se aplicaba la economía no era homogéneo en el tiempo, como era el caso de las ciencias naturales. Concluía Keynes que la economía era, esencialmente, una ciencia moral y no una ciencia natural.

En el Prefacio, Keynes escribió que su libro iba dirigido especialmente a sus colegas economistas aunque también esperaba que fuese comprensible para quienes no lo eran. Añade que su libro era uno que marcaría nuevas rutas y que su objeto de estudio eran las fuerzas que determinaba los cambios en la escala de producción y de ocupación como un todo. Junto a esto agregaba que el principal objetivo del libro era ocuparse de las difíciles cuestiones teóricas y, solo de manera secundaria, de sus aplicaciones prácticas.

Finaliza el Prefacio aseverando que las ideas que desarrollaba en su libro eran en extremo sencillas y obvias, de manera que la dificultad no radicaba en las ideas nuevas que proponía, sino que en rehuir de las viejas ideas “*que entran rondando hasta el último pliegue del entendimiento de quienes han educado, como la mayoría de nosotros*”. Es por ello que Schumpeter escribió, a propósito de la publicación de la “TG”:

“El resultado, presentado al mundo en 1936, parece haberle satisfecho completamente, sobre todo porque Keynes pensó que había sacado a la economía de 150 años de error para llevarla finalmente al terreno de la verdad definitiva”.

En cuanto al título del libro, “*Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*”, Keynes explica que pretendía con esto contrastar sus argumentos y conclusiones con aquellas de la “teoría clásica” en la cual se educó y que dominaba el

LIBERTY & KNOWLEDGE

pensamiento económico de la época, así como también en la academia y los gobernantes. A continuación Keynes afirma que los postulados de la teoría clásica sólo podían ser aplicados a un “caso especial” y no “en general”, puesto que *“las condiciones que supone son un caso extremo de todas las posiciones posibles de equilibrio”*.

El autor llega a plantear que las características del caso especial, supuesto por la teoría clásica, no eran las de la sociedad económica que se vivían en aquellos tiempos (década de 1930), con el consecuente resultado que sus enseñanzas *“engañan y son desastrosas si intentamos aplicarlas a los hechos reales”*. No es de extrañar que esta clase de frases haya causado polémica entre sus colegas economistas. En el capítulo 24 Keynes señalaba lo siguiente:

“Nuestra crítica de la teoría económica clásica aceptada no ha consistido tanto en buscar los defectos lógicos de su análisis, como en señalar que los supuestos tácticos en que se basa se satisfacen rara vez o nunca, con la consecuencia de que no puede resolver los problemas económicos del mundo real”.

El enfoque que Keynes adopta en su obra es “macro”, es decir, se enfoca en agregados económicos como el consumo, el ahorro, el ingreso y la inversión, dejando de lado la determinación de los precios individuales que, como señalaba Eric Roll, formaba la médula de la teoría económica tal como se desarrolló a partir de finales del siglo XIX. Dentro de la obra de **Keynes existen una serie de principios y conceptos importantes**. Ya señalé primero que es el énfasis en lo macroeconómico, esto es, en cantidades colectivas o totales. **En segundo lugar** tenemos la **orientación a la demanda**, lo que Keynes denominaba como “demanda efectiva”, la cual nos dice que el volumen de la demanda agregada determina el nivel de empleo.

Esta es fue idea que resucitada por Malthus, tal como lo reconoce Keynes en su ensayo sobre aquel autor, así como también en la teoría general. Keynes se lamenta en el capítulo 23 de que el tema de la “demanda efectiva” (piedra angular de su sistema económico) haya desaparecido después de Malthus. El economista británico escribió que el gran enigma de la demanda efectiva se desvaneció de la literatura económica, quedando completamente ausente de los trabajos de Marshall, Edgeworth y Pigou, de cuyas manos ha recibido su mayor madurez la teoría clásica. Añadía Keynes *que “solo pudo vivir furtivamente disfrazada, en las regiones del bajo mundo de Carlos Marx, Silvio Gesell y el mayor Douglas”*. Queda así establecido un punto medular del sistema de Keynes: la demanda efectiva.

Como explica Rolando Astarita, Malthus, rechazó tanto la teoría del valor trabajo así como también la “ley de Say”, defendiendo así la idea de que era posible la sobreproducción general por falta de demanda. Continúa explicando el argentino que, en contra Ricardo, Malthus se opuso a la idea de que el valor deriva exclusivamente del trabajo, puesto que precios surgían *“de una suma de partes con distintos orígenes, y que la demanda sí cuenta en la formación del valor”*. Así, Astarita señala que para Malthus (y a diferencia de Ricardo) La ganancia que obtenía el empresario no se generaba en el proceso mismo de producción, sino que dependía de que la mercancía se vendiese a un precio que superase el costo, para lo cual es necesario que exista una demanda adecuada. De acuerdo a lo anteriormente señalado, comenta Astarita:

“Keynes compartía este argumento con Malthus, a quien reivindicó “como el primer economista de Cambridge” porque había elaborado la tesis de que “los precios y las utilidades están determinados por algo que describe, aunque no con demasiada claridad, como demanda efectiva”.”

Como explica el ya citado **J. E. King**, a finales de la década de 1990, la mayor parte de los poskeynesianos estaban de acuerdo en que el principio de la **demanda**

efectiva, esto es, que la producción y el empleo se encuentran normalmente constreñidos por la demanda agregada, constituía el núcleo analítico de la “TG”. En la misma línea, Hayek señalaba que los esfuerzos teóricos de Keynes eran **guiados por una idea central**– “axioma del que solo un lerdo podría dudar” en palabras de Keynes – y era la existencia de una correlación positiva entre el pleno empleo y la demanda agregada de bienes de consumo.

En su libro, el economista **británico las emprendió en contra de algunos economistas clásicos**. Keynes señala en su obra que desde los tiempos de Say y Ricardo hasta los economistas clásicos, se había enseñado que la “*oferta crea su propia demanda*”. Como señalaba el economista marxista, **Paul Sweezy (1910-2004)**, la “**Ley de Say**” sostiene que a una venta sigue invariablemente una compra por igual cantidad; en otras palabras, que no puede interrumpirse la circulación M – D – M, y, por lo tanto, no puede haber crisis ni sobreproducción. En suma, esta ley nos señala que los productos se cambian por productos,

El economista español, Juan Ramón Rallo, señala que lo que esta ley nos dice es que los problemas de demanda son también problemas de oferta, puesto que para demandar uno tiene previamente que ofrecer, es decir, tiene que producir. En otras palabras, gastar sin producir vendría a ser robar, aunque puede darse el caso en que uno pueda demandar en función de lo que voy a producir (y no de lo ya producido) que es el endeudamiento: gasto hoy y pago mañana con mi producción futuro. Sea como fuere, el punto de Rallo es que la demanda viene limitada por la oferta ya sea pasada o futura.

Así, una mercancía puede producirse de manera excesiva (sobreproducción) porque la producción de otras mercancías ha disminuido. Sucedió que Keynes rechazó esta idea puesto que podía suceder que la capacidad productiva no fuese absorbida por el gasto, entiendo este último como: consumo + inversión. Keynes se

centra en el estudio del consumo agregado y la inversión agregada, los dos componentes del gasto. Como escribió Keynes en el capítulo V de su libro:

Ingreso = valor de la producción = consumo + inversión

Ahorro = ingreso – consumo

Ahorro = inversión

El tema que subyace a la obra es que existe una relación directa y positiva entre el nivel de gasto agregado y el nivel de empleo en un sistema económico. Sumado a lo anterior, es el Estado el que cuenta con las herramientas para estimular la demanda agregada, garantizando así el pleno empleo. La idea que Keynes pretende mostrar es que el gasto agregado sería insuficiente para dar ocupación a todos los factores productivos.

LIBERTY & KNOWLEDGE

De acuerdo a esto se debe explicar la dinámica de estos 2 componentes del gasto.

El componente “**consumo**” es el más estable y estaba gobernada por la “**ley psicológica fundamental**”, un supuesto a priori establecido por Keynes sobre la naturaleza humana (capítulo 8). Esta ley nos dice que los seres humanos están dispuestos, por regla general y en promedio, a incrementar su consumo a medida que se incrementa su ingreso, “pero” no tanto como el incremento de su ingreso. Así, Keynes escribe en el capítulo 3:

“El bosquejo de nuestra teoría puede expresarse como sigue: cuando aumenta la ocupación aumenta también el ingreso global real de la comunidad; la psicología de ésta, es tal que cuando el ingreso real aumenta, el consumo total crece, pero no tanto como el ingreso”.

Así en términos formales se establece lo siguientes:

$C = f(Y)$ relación funcional positiva entre consumo (C) e ingreso nacional (Y)

ΔC tiene el mismo signo que ΔY , pero es de menor magnitud de manera que se tiene:

$PMC = \Delta C / \Delta Y$ donde PMC = propensión marginal al consumo, es decir, aquella parte destinada al consumo cuando la renta se incrementa en una unidad.

Por ende, en cuanto al ahorro tenemos

$S = f(Y)$

$PMS = \Delta S / \Delta Y$

LIBERTY & KNOWLEDGE

Habíamos señalado entonces que el consumo es relativamente estable, en el sentido de que varía de acuerdo a la PMC que es decreciente a medida que aumenta la renta. De acuerdo a lo anterior, **sería la inversión el elemento más volátil**. De acuerdo a Keynes, el ciclo económico no consistía en una fluctuación “cíclica” de la inversión. La razón de esto es que las expectativas de inversión tenían unos fundamentos inestables, es decir, estaban basados en la ignorancia y una racionalidad limitada, lo que se traduciría en que tales fluctuaciones fuesen repentinas. Tenemos entonces que vamos consumiendo un porcentaje menor de nuestra renta a medida que esta aumenta, de manera que se espera que como contrapartida a la disminución del consumo, sea el otro componente del gasto, la inversión agregada, la que compense este diferencial. Como explica Rallo, una preocupación de Keynes es que la inversión privada no sea capaz de seguir el ritmo a la reducción del consumo agregado.

Estamos así ante la “**paradoja del ahorro**”, es decir, en donde el ahorro es una suerte de “**fuga**” del flujo circular de la economía (cerrada), puesto que la propensión de ahorrar más significa consumir menos. Para Keynes un aumento PMS tendrá como consecuencia – ceteris paribus – una contracción de los ingresos y la producción. Pero, claro está, es que este dinero puede tener como destino otros lugares en lugar de la almohada de las personas, por ejemplo a la banca a fondos mutuos, de manera que vuelven a ingresar al flujo circular por medio de préstamos que financian inversiones o consumo (así esto debería ser considerado dentro de la PMC) Otra curiosidad que se desprende de esta línea de pensamiento (la de Keynes) es que la formación de capital no depende del ahorro (de un aumento de la PMS), puesto que el ahorro sería, más bien, un obstáculo.

Tenemos, pues, que para Keynes, los gastos en inversión variarán de acuerdo a la tasa de interés y la eficiencia marginal del capital o EMC (que es volátil a corto plazo y es decreciente a largo plazo). Como explicaba el británico, cuando se compra un equipo de capital, se compra el derecho a una serie de presuntos rendimientos que espera obtener de la venta de su producción, después de deducir los gastos corrientes de obtener tal producción. Así, estos rendimientos posibles (la eficiencia marginal del capital) dependen de los posibles rendimientos futuros dada la inversión (rendimiento y costes de la inversión). Como escribió Keynes en el capítulo 12:

“Hemos visto en el capítulo anterior que la escala de inversión depende de la relación entre la tasa de interés y la curva de eficiencia marginal del capital correspondiente a diversas escalas de inversión corriente, en tanto que la eficiencia marginal del capital depende de la relación entre el precio de oferta de un bien de capital y su rendimiento probable”.

En palabras de Rallo tenemos, por un lado, una EMC decreciente en el largo plazo y volátil en el corto y, por otro lado, un tipo de interés del dinero muy rígido a la baja, lo que hace que la rentabilidad de la inversión no sea conveniente, por ende, no se invertirá. Así, mientras más capital exista acumulado en una nación rica, será menos rentable, lo que a la larga lleva a que el gasto en inversión se paralice. En relación con el tipo de interés o el costo financiero del dinero Keynes plantea que es una expresión de la “**preferencia por la liquidez**”, esto es, la preferencia de conservar dinero y separarse de este. Los motivos de esto los explica Keynes en el capítulo 15: precautorios (circunstancias imprevistas), especulación y para realizar transacciones.

Así, Keynes explica que si M_1 representa el monto de efectivo retenido para satisfacer los motivos transacción y precaución y, por otro lado, M_2 representa la cantidad guardada por causas especulativas, se tienen entonces 2 funciones de Liquidez: L_1 y L_2 . Mientras L_1 depende principalmente del nivel de ingresos, L_2 , en cambio, de la relación entre la tasa corriente de interés y el estado de las expectativas, por lo que se tiene lo siguiente:

$$M = M_1 + M_2 = L_1(Y) + L_2(r)$$

Sucede que si los inversores tienen una alta preferencia por la liquidez (aumento de la propensión a atesorar) debido a la falta de confianza de la economía, entonces esto se traducirá en que el tipo de interés aumente, situándose por encima de la EMC, lo que hará que los inversores no inviertan y, en cambio, atesoren el dinero³. Así, se cumple el peor de los escenarios de Keynes: desempleo masivo. Como señala en el libro VI, la explicación de la crisis radica en el colapso repentino de la eficiencia marginal del capital, cuando el optimismo cede lugar al pesimismo y los

³ Rallo rechaza que la emc sea decreciente, puesto que esta depende de la aversión al riesgo y a la preferencia temporal

“**animal spirits**” hacen su entrada generando incertidumbre entre los inversores y, a su vez, una preferencia por la liquidez con el consecuente aumento del tipo de interés. Tenemos, entonces, que el nivel de empleo es una función de la renta nacional.

Es en este escenario donde el Estado debe entrar en escena a reactivar la actividad económica ya sea aumentando el gasto público o reduciendo los impuestos. En suma el Estado viene a solucionar un problema derivado de errores en la inversión y aquí es donde existen una serie de críticas sobre si tal solución es, efectivamente, una “solución”. En palabras del economista español, **Luis Ángel Rojo (1934-2011)**, en situaciones de crisis, Keynes no confiaba en mecanismos de mercado, por lo que confió en que los Estados ejercieran un rol estabilizador de la economía. Esto último podría lograrse manteniendo los tipos de interés bajos así como por medio de la socialización de la inversión. Keynes lo plantea de la siguiente manera en el capítulo 24:

LIBERTY & KNOWLEDGE

“El estado tendrá que ejercer una influencia orientadora sobre la propensión a consumir, a través de su sistema de impuestos, fijando la tasa de interés y, quizá, por otros medios. Creo, por tanto, que una socialización bastante completa de las inversiones será el único medio de aproximarse a la ocupación plena; aunque esto no necesita excluir cualquier forma, transacción o medio por los cuales la autoridad pública coopere con la iniciativa privada”.

Como aclara Rojo, esta última medida no significaba la socialización de los medios de producción, sino que se refería a la intervención del sector público con el objetivo de mantener altos niveles de demanda y empleo. En la misma línea Backhouse y Bateson explican que la “socialización de la inversión” no se refería al control estatal de la inversión, sino que Keynes quería dar a entender que el Estado se responsabilizara del volumen de inversión con el objetivo de evitar su fluctuación o

su estancamiento en un nivel peligrosamente bajo. Así, el mismo Keynes añade la siguiente aclaración:

“Pero fuera de esto, no se aboga francamente por un sistema de socialismo de estado que abarque la mayor parte de la vida económica de la comunidad. No es la propiedad de los medios de producción la que conviene al estado asumir. Si éste es capaz de determinar el monto global de los recursos destinados a aumentar esos medios y la tasa básica de remuneración de quienes los poseen, habrá realizado todo lo que le corresponde. Además, las medidas indispensables de socialización pueden introducirse gradualmente sin necesidad de romper con las tradiciones generales de la sociedad”.

De esta manera, tenemos que Keynes no confiaba en que el libre mercado sería capaz de generar de manera automática pleno empleo y es por ello que era el Estado el que debía asumir un rol protagónico tendiente a estimular la demanda agregada para, de esa manera, promover el pleno empleo y la estabilidad de los precios. Ahora bien, como explica la académica de la Universidad de Columbia, **Sylvia Nasar**, en su libro *“La Gran Búsqueda. Una historia de la economía”* (2012), lo novedoso en Keynes no era la idea del gasto deficitario, que ya estaba presente en autores como Beatriz Webb y Herbert Hoover. De acuerdo a Nasar lo central y novedoso en Keynes habría sido el poder dar una explicación satisfactoria acerca de por qué, dentro de una economía de libre mercado sin trabas para la competencia, se mantenía tanto una tasa de desempleo elevada y una disminución de la capacidad productiva.

Otra idea importante en Keynes es la del **“multiplicador”**, expuesta en el capítulo 10 de su “Teoría General”. Como explica en un artículo⁴ la economista y estadística argentina-canadiense y académica de la Universidad de Bolonia, **Estelle Bee Dagum**, no es del todo claro el origen del multiplicador. Para el economista **Ferdinando di Fenizio (1905-1974)**, el multiplicador fue introducido por el economista británico de la Universidad de Cambridge **R. F. Kahn (1905-1989)** en su artículo *“The relation of home Investment to Unemployment”* (1931) aunque, como afirma la economista, no utilizó este término, sino que el de cociente o ratio. Otros, como A. L. Wright, en su escrito *“The Genesis of the Multiplier Theory”*⁵ (1956), traza su origen en la década de 1880, específicamente, cuando el ensayista, periodista y empresario, **Walter Bagehot (1826-1877)** utilizó el término “multiplicar” en relación con el desarrollo de una teoría de la demanda efectiva. En lo que respecta a Keynes, Estelle Bee Dagum escribió:

“Cuando en 1936, Keynes dio a luz su obra fundamental, con la que marcó una nueva etapa en la ciencia económica, recién entonces el multiplicador se divulgó”.

Regresemos a Keynes y el multiplicador del gasto. Tenemos que el multiplicador mide el efecto la variación del gasto en inversión sobre la producción y el ingreso (los cuales se ven “multiplicados”). En palabras de Keynes:

“Llamemos a k el multiplicador de inversión. Este nos indica que, cuando existe un incremento en la inversión total, el ingreso aumentará en una cantidad que es k veces el incremento de la inversión”.

⁴ bee de dagum, e. (1963). la teoría del multiplicador, su aplicación en las economías no. desarrolladas, en particular argentina. *revista de economía y estadística*, tercera época, vol. 7, no. 3-4 : 3o y 4o trimestres, pp. 269-386.

⁵ *oxford economic papers. new series*, vol. 8, no. 2 (jun., 1956), pp. 181-193

Por ejemplo, cuando el gobierno gasta dinero, tal dinero se convertirá en el ingreso de alguien que denominaremos "A". Pero sucede que "A" tiene una PMC y una PMS determinada de manera que ahorrará parte de ese ingreso y el resto lo gastará. Ese ingreso gastado se transformará en el ingreso de "B" quien tiene una PMC y una PMS determinada, de manera que ahorrará una parte y el resto lo gastará, y ese gasto se transformará en el ingreso de "C" y así sucesivamente. Por ende, el gasto original del Estado tendrá un efecto multiplicador, es decir, el gasto autónomo se ve magnificado. Así, para entender el multiplicador debemos tener en consideración la PMC y la PMS, en donde $PMC = PMS$. Por ejemplo, si tengo 1000 y consumo 800 y, por lo tanto ahorro 200, tenemos lo siguiente:

PMC: 0,8

PMS: 0,2

LIBERTY & KNOWLEDGE

La ecuación del multiplicador es $= 1/PMS$. Por lo tanto, si $PMS = 0,2$ entonces obtenemos el multiuplicador

$$1/0,2 = 5$$

Así, si la meta del gobierno es gastar 100.000.000, entonces tendrá que gastar 20.000.000. Si el caso fuera diferente, digamos que $PMC = 0,9$ y $PMS = 0,1$ entonces tenemos el siguiente multiplicador: $1/0,1 = 10$. Esto nos dice que el multiplicador aumentará en la medida en que la PMC aumente. En este último ejemplo, si el gobierno planea gastar 100.000.000 tendrá que inyectar a la economía 10.000.000. Como lo resume el economista de la Universidad de Auburn (al cual volveré más adelante), Roger Garrison, en un artículo titulado "The Trouble with Keynes" (1993)

"El efecto multiplicador se deduce del sencillo hecho de que el gasto de una persona se convierte en las ganancias de otra, lo que, a su vez, permite mayor gasto. Así

que cualquier aumento en el gasto, ya se origine en el sector privado o en el público, se multiplica través de rondas sucesivas de ganancias de renta y gasto de consumo”.

Ahora podemos preguntarnos lo siguiente: ¿cómo se financia el Estado? La respuesta será, con impuestos, pero, paso seguido viene otra pregunta ¿acaso los impuestos no reducen el ingreso disponible?

Las ideas de Keynes serían retomadas posteriormente por otros economistas fuera de Inglaterra. Tal fue el caso del economista estadounidense **Alvin H. Hansen (1887-1975)** quien desarrolló su carrera académica en la Universidad de Brown, Minnesota y Harvard. Se mostró partidario de la promoción del pleno empleo por parte del gobierno y llegó a escribir *“A Guide to Keynes”* (1953) en donde se evalúa las contribuciones del británico.

Como explicaba **John K. Galbraith (1908-2006)** en *“Economics, Peace and Laughter”* (1971) Hansen se transformó en un verdadero “cruzado” a favor de la difusión de la teoría de Keynes, lo cual lo logró en su contacto con sus jóvenes colegas y alumnos. Añade Galbraith que, a finales de la década de 1930, el seminario de Hansen en la nueva Escuela Superior de Administración Pública de Harvard era visitado regularmente por autoridades de política de Washington

Otro autor, esta vez inglés, que continuó con el desarrollo de las ideas de Keynes fue **John Hicks (1904-1989)** quien desarrolló su carrera académica en la Universidad de Oxford, Cambridge y en el London School of Economics. Una de sus contribuciones fue el **Modelo IS-LM**. Las letras IS hacen referencia a *“Investment and Saving”*, al equilibrio entre inversión y ahorro. Por otro lado, las letras LM se refieren a *“Liquidity preference and Money supply”*, esto es, el equilibrio entre liquidez

LIBERTY & KNOWLEDGE

y el suministro del dinero, de manera que Hicks establece una distinción entre economía monetaria (mercado de dinero) y economía real (mercado de bienes).

Así, dentro del modelo de Hicks, el consumo es una función positiva de la cantidad de ingreso agregado y la inversión agregada es una función negativa de la tasa de interés. Así, en el caso de la curva IS, existe una relación inversa entre el tipo de interés y la inversión, de manera que la curva tiene una pendiente negativa. Así se tiene lo siguiente:

$$IS = C_0 + c_1 (Y - T) + I(i) + G$$

En virtud de lo anterior, el gobierno puede promover políticas fiscales expansivas tendiente a aumentar el PIB por medio de una baja de los impuestos o la expansión del gasto público, con el consecuente desplazamiento de la curva IS hacia la derecha. En el caso de la curva LM tenemos que cuando aumenta el nivel de producción y renta, también aumenta la demanda de dinero y esta demanda de dinero, tiene como consecuencia el aumento del tipo de interés. De ahí que la LM tenga una pendiente positiva. De acuerdo a lo anterior tenemos

$$LM = M/P = L(i, Y)$$

Otro autor que podemos mencionar es el ya mencionado Paul Samuelson. Samuelson cursó sus estudios en la Universidad de Harvard bajo la tutela de personalidades como Joseph A. Schumpeter y Alvin Hansen. Posteriormente continuaría su carrera académica en el MIT, en donde llevaría a cabo su proyecto de matematizar la economía. Como afirma J. E. King, presentó la versión docente de la "TG" de Keynes, refiriéndose a su "Economics: An Introductory Analysis" (1948) que ha servido de base para la seguidilla de manuales economía que fueron surgiendo a lo largo del tiempo.

Nassim Nicholas Taleb es extremadamente crítico en su "*Cisne Negro*" (2007) de la influencia de Samuelson. Mientras, por un lado, desataca la figura de Keynes, Hayek, Mandelbrot o Shackle, por el otro se deshace en invectivas hacia Samuelson acusándolo a él y a sus seguidores de no saber aplicar las matemáticas a la realidad. A esto añadía el autor: "Sólo sabían las matemáticas suficientes para que los cegaran". Más adelante, en el mismo libro, acusa a Hicks y a Samuelson de echar por tierra las ideas de Keynes al someterlas a su "juego del pensamiento formal" que tuvieron como consecuencia el desterrar un concepto medular en el economista británico: la incertidumbre.

Añade King que fue Samuelson quien introdujo la universalmente utilizada "**cruz keynesiana**" o modelo renta-gasto. En el gráfico se puede apreciar en el eje de ordenadas la demanda agregada y en el eje de abscisas el PIB (oferta, producción de la economía). El equilibrio viene dado por los distintos puntos de la bisectriz, es decir, nos muestra los puntos en los cuales la demanda agregada iguala a la oferta agregada. Tenemos que Producto Interno Bruto incluye los siguientes agregados económicos: consumo, inversión, gasto público y las exportaciones menos las importaciones:

$$\text{PIB} = C + I + G + X - I$$

El consumo sería igual al consumo autónomo, la propensión marginal a consumir (puede variar su porcentaje) de nuestra disponible, esto es, ingreso menos los impuestos

$$C = C_0 + c_1 (Y - T)$$

Así, nuestra renta disponible la podemos destinar a consumir o a ahorrar. En este último caso tenemos lo siguiente:

$$S = S_0 + s_1 (Y - T)$$

De acuerdo a lo anterior, la propensión marginal a consumir mas nuestra propensión marginal a ahorrar da igual al 100% de nuestra renta disponible;

$$c_1 + s_1 = Y - T$$

Así, en el gráfico tenemos una medida de la producción en el eje de ordenadas y una medida de ingreso en el eje de abscisas. Continuando con el mismo gráfico tenemos una curva de demanda que tiene un punto de corte en el eje vertical (ordenada en el origen), donde se sitúa el consumo autónomo, es decir, lo que consumirían los individuos con renta cero: es el consumo que no depende de la renta disponible. Esta línea recta tiene poca pendiente y nos muestra que el consumo aumenta cuando aumenta el ingreso disponible, pero en una proporción menor (PMC). Dentro de esta curva existe solo un punto que cumple la condición de equilibrio: en donde se produce la intersección entre esta y la línea de 45°: existe un equilibrio entre demanda y producción. Las políticas estatales expansivas que fomentan el consumo o aumentan el gasto público causan que la curva se desplace hacia arriba en el gráfico.

Es importante considerar que la **teoría del interés** de Keynes toma distancia de aquella que nos dice que ahorro = inversión y que, por ende, un tipo de interés alto era el reflejo de escasez de ahorros. Como explica José Antonio de Aguirre en su libro *“El Capitalismo y la Riqueza de las Naciones”* (2009), en la economía clásica se suponía, de manera implícita, que todo ahorro se invertía, de manera que aquellos que ahorraban lo hacían para invertir, por lo que el acto de ahorro implicaba simultáneamente un acto de inversión, proceso que podía verse interrumpido cuando el futuro se volvía incierto y, por consiguiente, el dinero se atesoraba y se

habría la posibilidad de una crisis económica. Lo que hizo Keynes fue separar ahorro e inversión, llegando a afirmar que el aumento o disminución del capital no dependía de la cantidad ahorrada

Fue Samuelson, por lo demás, quien acuñó el término “**Síntesis Neoclásica**” en la tercera edición de su libro (1955). Con esto, explica King, Samuelson intentó resumir la combinación de la macroeconomía keynesiana con la microeconomía neoclásica, tal como lo exponía en su influyente texto. En un paper publicado en *Econometrica* titulado “*The Impact Of The General Theory*” (1946) Samuelson advertía que, desde una óptica de largo plazo, el análisis keynesiano había comenzado a filtrarse en los libros de texto elementales y añadía que, una vez que una idea entraba en estos, por muy mala que fuese, esta se convertía prácticamente en inmortal. Por su parte, el académico de economía de la Universidad Autónoma de Madrid, Ángel Rodríguez García-Brazales, en su libro “Plan, Acción y Mercado”, explica que la “Síntesis Neoclásica” fue un intento de reducir a un lenguaje económico accesible a los economistas de aquella época. Esto tuvo como consecuencia el que quedasen marginados los capítulos que contenían las ideas más innovadoras de Keynes.

Ahora bien, como explica Rolando Astarita, si bien Keynes no incluyó microfundamentos rigurosos en su análisis, igualmente no “*rompió completamente con la idea de que en última instancia lo macroeconómico se explica a partir de lo individual*”. Relacionado con lo anterior, añade el mismo autor que Keynes habría sido consciente “*de que las totalidades sociales no se pueden derivar de la simple agregación de lo individual*”. Por ende, Keynes a pesar de tener presente los aspectos microeconómicos de la economía, no dedicó mayores líneas a desarrollar una teoría que explicara la dinámica económica en estos microniveles de los sistemas económicos, quedándose así anclado en un enfoque, más bien, holista o “top-down”, más que uno sistémico.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Keynes mantuvo un ritmo de trabajo intenso. Durante aquella época **William Beveridge (1879-1963)**, padre de la seguridad social inglesa. Esta idea surgió a propósito de que el Ministro del Trabajo, Ernest Bevin solicitó Beveridge – por quien no sentía simpatía – un plan para racionalizar el sistema de seguridad social y Beveridge se tomó esta tarea muy en serio. Beveridge propuso un sistema de seguros nacionales de pensiones, desempleo y discapacidad para todos los ciudadanos. Tal sistema sería administrado de forma centralizada y sería financiado por empresarios, trabajadores. Beveridge envió a Keynes copias de sus 2 memorándums, solicitándole ayuda para las implicaciones financieras de su propuesta.

Como comenta Skidelsky, Keynes no sentía interés por el tema de las pensiones y, más bien, le interesaba el seguro de desempleo y las prestaciones familiares. Aún así, Keynes se transformó en el defensor de la propuesta de Beveridge frente al Tesoro británico y trabajó para reducir el costo inicial del proyecto. Finalmente Beveridge comenzaría a transformarse en una suerte de héroe del pueblo, más aún cuando 650 mil ejemplares del “Informe Beveridge” fueron adquiridos por los británicos aunque recibió críticas por la inviabilidad económica de sus ideas. Lo interesante de este tema es, como resalta Skidelsky, **la falta de curiosidad de Keynes por la “batalla sobre la política social”**, curiosidad que su biógrafo rotula de “asombrosa en sí misma”. A esto añade Skidelsky:

“La verdad parece ser que él no estaba interesado en la política social como tal, y nunca le prestó atención. La única pregunta que tenía era si el Exchequer (Hacienda) podía permitirse Beveridge”.

Extenuante fue para Keynes **las negociaciones que mantuvo en Estados Unidos** con **Harry Dexter White (1892-1948)**, economista con formación en las Universidades de Columbia, Stanford y Harvard y funcionario del Tesoro estadounidense. Uno (Keynes) venía de una familia educada y el otro (White) de un

barrio obrero de Boston. Skidelsky destaca los duelos verbales de Keynes y White, añadiendo que a White *“le ponía enfermo discutir con Keynes, porque quedaba sobrepasado (...)”*. De acuerdo a Skidelsky, White señaló a Roosevelt que Keynes era un negociador capaz, duro y con una completa comprensión de los problemas que los enfrentaban y añadía que *“cuando no está negociando o discutiendo puntos de desacuerdo (...), era bastante simpático”*.

De las negociaciones en Estados Unidos – en donde Gran Bretaña mantenía un posición de desventaja frente al primero – , específicamente de la reunión en Bretton Woods (New Hampshire) surgirían 2 instituciones clave: **el Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, (futuro Banco Mundial)**. Skidelsky llegó a afirmar que Keynes habría conferido al Acuerdo de Bretton Woods de 1944 su distinción, mas no su sustancia, puesto que el acuerdo reflejaba la postura del Tesoro estadounidense, la de White y no la de Keynes.

Paralelo a esto, **en el FBI de J.Edgar Hoover**, recibía información sobre la formación de una red de espías comunistas infiltrados en puestos gubernamentales en Estados Unidos, entre los cuales se encontraba el nombre de White. Ahora bien White había mostrado su admiración por la URSS a la cual consideraba como un ejemplo práctico de que una economía socialista podía funcionar. Lo anterior, truncaría la carrera del tecnócrata estadounidense.

La salud de Keynes no era buena y en Estados Unidos había sufrido un infarto lo que repetiría en Inglaterra. Pero el final vino el domingo de Pascua, el 21 de abril de 1946, cuando **un infarto puso fin a la vida de Keynes**. Su funeral se celebró en la abadía de Westminster. Por su parte, Harry Dexter White fallecería en 1948 también de un ataque al corazón.

LIBERTY & KNOWLEDGE

Pasemos a examinar las críticas que se han realizado a Keynes. Debo advertir que solo me referiré brevemente a algunas, de manera que el examen no será exhaustivo.

Comencemos con **Rolando Astarita y la crítica marxista a Keynes.** El economista argentino cita a los marxistas Maurice Dobb y Paul Sweezy para expresar una crítica básica y fundamental y es que Keynes no fue del todo revolucionario, es decir, que si bien criticó a los clásicos, igualmente siguió operando dentro del modelo y no lo subvirtió. Quizás fue Joan Robinson, citada por Astarita, la que resume mejor el abismo entre Keynes y Marx. Robinson afirmó que mientras Marx intentaba entender el sistema con el objetivo de precipitar su caída, Keynes representaba la defensa del capitalismo (recordemos, por lo demás las opiniones expresadas por Keynes sobre el marxismo-leninismo). Recordemos las siguientes palabras de Keynes plasmadas en “El fin del laissez faire” (1926)ç:

“Por mi parte, pienso que el capitalismo, dirigido con sensatez, puede probablemente hacerse más eficiente para alcanzar fines económicos que cualquier sistema alternativo a la vista, pero que en sí mismo es en muchos sentidos extremadamente cuestionable. Nuestro problema es construir una organización social que sea lo más eficiente posible sin contrariar nuestra idea de un modo de vida satisfactorio”.

Ahora bien, como explican Backhouse y Bateman, Keynes nunca ofreció una definición explícita de capitalismo, de manera que se pueden inferir algunas ideas de este concepto a partir de sus escritos al respecto. De acuerdo a los autores el capitalismo de Keynes se fundamentaba en instituciones que habían evolucionado a lo largo del tiempo, de manera que el capitalismo que había analizado Marx se había transformado a tal punto que ya no era reconocible en el siglo XX.

Astarita explica otras diferencias más específicas como la ausencia de la teoría del valor trabajo (valor de la fuerza de trabajo en el caso de Marx) en la teoría económica de Keynes, de manera que no aborda el fenómeno de la plusvalía y la explotación capitalista. En suma, Keynes opta por explicar la variación de los salarios de acuerdo a la productividad marginal del trabajo.

Sumado a esto, Astarita señala que el concepto de capital de Keynes difiere con el de Marx, ya que en el caso del británico hace referencia a una “cosa” mientras que en Marx constituye una relación. Como expliqué en otro artículo, Marx, en el capítulo VIII del primer libro de El Capital establece una comparación entre el capital y un vampiro que vive únicamente succionando trabajo vivo. En el capítulo XXV del primer libro, Marx da crédito al político y colonialista inglés Edward Gibbon Wakefield (1796-1862) por haber descubierto que **el capital no es una cosa**, sino que una “relación social entre personas mediada por cosas”.

LIBERTY & KNOWLEDGE

De acuerdo a Marx, los medios de producción y de subsistencia, en su calidad de propiedad del productor directo, no son capital, solo vienen a convertirse en capital cuando sirven, simultáneamente, como medios de explotación y de dominación del obrero. Otra diferencia se relaciona con el interés, donde Astarita afirma que, mientras el capitalista keynesiano retiene su capital bajo forma líquida en “épocas normales”, en Marx, lo lanza al circuito de la valorización para hacerlo funcionar como capital. Así, será solo en coyunturas de crisis cuando el capitalista tendrá preferencia por la liquidez. En palabras del economista argentino:

“(…) el interés no constituye entonces un premio por renunciar a la liquidez, sino una parte de la plusvalía a la que se hace acreedor el prestamista, en tanto encarna la propiedad privada de los medios de producción frente al trabajo. Esto implica que no puede haber interés si no hay capital y explotación del trabajo; el origen del interés se encuentra en el circuito”

La teoría marxista también toma distancia de la teoría de los mercados de fondos prestables en donde el interés se determina producto de la interacción de oferta y demanda de crédito. Explica Astarita que esta teoría ignora que el interés tiene su origen en el plusvalor, así como también la idea de que los ahorros provienen de las decisiones de las empresas de acumular, esto es, la redirección de los fondos líquidos al mercado financiero.

Otra diferencia es que, mientras el keynesianismo afirma que el objeto de la producción es el consumo, el marxismo establece que es la valorización del capital, es decir, el proceso de acumulación busca lanzar el capital para su constante valorización. En lo que respecta las crisis, el Marxismo no apela a factores psicológicos como Keynes, puesto que las crisis son el resultado de la caída de la tasa de ganancia. Sucede que, producto de la competencia, los capitalistas van innovando e introduciendo nuevos métodos de producción. Así tenemos lo siguiente

LIBERTY & KNOWLEDGE

$$\pi = s/(c + v)$$

Lo anterior nos dice que la tasa de ganancia es la relación existente entre la plusvalía y el conjunto del capital invertido, esto es, capital constante y capital variable. Como señalábamos arriba, la competencia trae como consecuencia la introducción de nuevos métodos de producción lo que se traduce en una sustitución de mano de obra humana por máquinas generando así un cambio en la composición orgánica del capital. Como ya expliqué en otro artículo, la composición orgánica del capital es la proporción entre el capital constante y el capital variable, determinada por la proporción entre el volumen de los medios de producción y la fuerza del trabajo vivo. De acuerdo a lo anterior tenemos lo siguiente

$$O' = c / v$$

De acuerdo a Astarita, producto de que el trabajo humano es la fuente del plusvalor, se generará una tendencia a la baja de la tasa de ganancia producto de la composición orgánica del capital. Citando el ejemplo de Marx, Astarita nos señala que si se invierten 100 en capital constante, c ; 100 en capital variable, v ; y si la tasa de plusvalía ($PV' = Pv/c$) es del 100%, la tasa de ganancia es:

$$\pi = s/(c + v) \rightarrow 100s \div (100c + 100v) = 50\%$$

En cambio, si capital constante aumenta a 200, con la misma tasa de plusvalía y el mismo capital variable, tendríamos que la tasa de ganancia sería

$$\pi = s/(c + v) \rightarrow 100s \div (200c + 100v) = 33,3\%$$

Así, concluye Astarita:

LIBERTY & KNOWLEDGE
“La crisis se genera por la contradicción, inherente al capitalismo, entre las necesidades del capital de expandir más y más las fuerzas productivas y reemplazar la mano de obra por la maquinaria –dada la competencia tecnológica”

Por último, podemos añadir que la crisis económica en Marx no demanda la intervención del Estado estimulando la demanda agregada y dejando que el multiplicador multiplique los panes. Mientras que para Keynes existe una salida para la crisis, en Marx no existe y la recuperación de los capitalistas será a costa de la miseria y precarización de la vida de los obreros.

Pasemos ahora con la crítica del liberalismo, específicamente de los adherentes a la **Escuela Austriaca de Economía**. Comencemos con uno de sus fundadores: **Ludwig von Mises**. En sus lecciones dadas en la Universidad de Buenos Aires en 1959 señaló que Keynes fue un integrante más de la larga lista de inflacionistas del siglo XX que tuvieron en común, entre otras cosas, la crítica al sistema de patrón oro. Añadía que Keynes, en su “TG”, elevó las medidas de emergencia implementadas entre 1929 y 1933 a la “categoría de principio y de fundamental sistema de política”.

En su libro de 1952, “*Planificación para la Libertad*”, Mises también destina varios párrafos para criticar a Keynes a quien tilda de “nuevo profeta inflacionario” del gobierno británico. En cuanto a la obra de Keynes, Mises asevera que esta no es más que una adhesión a las ideas del economista argentino-alemán Silvio Gesell (1862-1930), del cual a su vez “adoptó también la peculiar jerga mesiánica de la literatura inflacionista”. De hecho Keynes hace varias veces referencia a este autor especialmente en el capítulo 23 (parte VI). Keynes describe a Gesell como un hombre con tintes proféticos que intentó instaurar un socialismo antimarxista y anti *laissez-faire*. Añadía que el porvenir aprendería más de Gesell que de Marx.

Regresando a Mises, el austriaco hace una precisión y es que lo que Keynes tomó prestado de Gesell no fue el contenido de su doctrina sino que las “conclusiones prácticas y las tácticas que aplicaron para socavar el prestigio de sus oponentes”. Tales **estratagemas** Mises los ordena como sigue:

a) “*Todos los adversarios, es decir, todos aquellos que no consideran la expansión artificial del crédito como una panacea, son colocados en el mismo paquete y llamados ortodoxos*”.

b) *“Se da por sentado que la evolución de la ciencia económica culminó en Alfred Marshall y finalizó con él. Los hallazgos de la moderna economía subjetiva no son considerados” (principalmente a los aportes de Menger)*).

c) *“Todo lo que los economistas han hecho desde David Hume hasta nuestros días para esclarecer los resultados provenientes de cambios en la cantidad de moneda y en la de sustitutos de la moneda, es simplemente ignorado. Keynes nunca se abocó a la "inútil" tarea de refutar estas enseñanzas a través del raciocinio”*.

Para Mises, la “TG” de Keynes vino a transformar en una suerte de sustento ideológico para la causa progresista que abogaba por la idea de que la desocupación podía remediarse por medio del estímulo de la “demanda efectiva” de Keynes, por medio del gasto público financiado por la expansión del crédito y la inflación. Sin embargo, Mises señalaba que el modelo keynesiano, a pesar de tener fervientes defensores, estaba llegando a su fin, al menos en Estados Unidos (donde se exilió el economista tras la invasión nazi) y Gran Bretaña:

“Pero ahora las consecuencias inevitables del aumento en la cantidad de moneda y de depósitos se han hecho evidentes: los precios son cada vez más altos. Lo que hoy presenciamos en los EE.UU. es el fracaso final del keynesianismo”.

Ahora bien Mises se muestra mesurado y no culpa a Keynes de todos los problemas, por ejemplo, la política suicida de Inglaterra durante el período de entreguerras, así como los fracasos de las políticas económica y financiera seguidas por Gran Bretaña en la década de 1950. En suma, de acuerdo al economista austriaco, Gran Bretaña había abandonado el liberalismo antes de que Keynes se pusiera a escribir, gracias a la influencia de personajes como el socialcristiano John Ruskin (1819-1900) y del socialista (para otros profascista) Thomas Carlyle (1795-1881).

LIBERTY & KNOWLEDGE

Continuemos ahora con las observaciones de **Henry Hazlitt (1894-1993)**, periodista y escritor especializado en materias relacionadas con economía. Hay que señalar que Hazlitt, además de ser un liberal clásico, era también cercano a la Escuela Austriaca de Economía. En su libro *“Los errores de la nueva Ciencia Económica. Un análisis de las falacias keynesianas”* (1959), el autor comienza destacando la figura de Keynes, aseverando que era el más famoso economista del siglo XX, que su “TG” era *“el libro de economía más influyente de la era actual, tanto en el aspecto teórico como en el de la política económica”*. Añadía Hazlitt que lo anterior era reconocido tanto por sus admiradores y discípulos, como por sus más agudos críticos.

En lo que respecta a las críticas mencionaré solo algunas de las muchas presentes en su libro, de manera que no revisaré el libro de Hazlitt en detalle. Hazlitt se lamenta sobre la escasez de crítica a la obra de Keynes, existiendo solo artículos breves, algunas pocas páginas a modo de paréntesis, mientras que otros autores adoptaban una postura de retirada, en el sentido de que una crítica no valía la pena puesto que la obra del inglés se desmoronaría a causa de sus propias contradicciones. Pero Hazlitt considera de suma importancia llevar a cabo una crítica seria, puesto que la refutación constituía *“un importante método no solo para defender, exponer y aclarar las verdades conocidas, sino también para avanzar hacia nuevas verdades y hacia un conocimiento más profundo”*.

En cuanto a la crítica propiamente tal, Hazlitt no se va con rodeos y de entrada plantea que ha sido incapaz de encontrar en la obra de Keynes una sola doctrina importante que sea a la vez cierta y original. Explica que lo que es original en la “TG” de Keynes no resulta ser cierto, y aquello que es cierto no es original. A esto añade que mucho de lo que hay de falso en la obra de Keynes no es original, *“sino que puede ser hallado entre los trabajos de escritores anteriores”*. Uno de los conceptos utilizados de manera imprecisa por Keynes, señala Hazlitt, es el de “economía clásica”.

LIBERTY & KNOWLEDGE

El resultado de esto es una distorsión del concepto ya que Keynes presenta las doctrinas económicas anteriores a la publicación de su libro como si fuesen homogéneas. En otras palabras, Keynes no es capaz de reconocer la influencia de los marginalistas como Menger (1840-1921), Böhm-Bawerk (1851-1914), Irving Fisher(1867-1947), John Bates Clark (1847-1938), etc. Así, Keynes simplemente borra de un plumazo las diferencias entre distintas escuelas de economía de manera que todas quedan engullidas bajo el rótulo de “economistas clásicos”. La consecuencia de lo anterior es que el armazón de referencia es limitado y parece ser que no fue capaz de ir más allá de las obra de Marshall y Pigou y del círculo de Cambridge.

Otro punto débil de la obra de Keynes es su **falta de organización** así como también el uso de un lenguaje que oscurece las ideas. Por lo demás Keynes, desde el comienzo, se escudaba ante cualquier crítica e incomprensión de su obra utilizando el **argumento *ad hominem*** de que tales personas estarían aun muy aferradas a la “teoría clásica”. Pero esta **nos sería la única falacia lógica utilizada por Keynes**, puesto que Hazlitt advierte otra y es que Keynes, para desacreditar una doctrina, tiende a exagerar, es decir, crea el famoso “***hombre de paja***”.

Por ejemplo Hazlitt cita aquellas palabras de Keynes en donde critica la idea de que el paro en Estados Unidos en 1932 se se debiera a la obstinada posición de los trabajadores de negarse a cualquier reducción de sus salarios nominales. Frente a esto Hazlitt responde que ningún economista podría afirmar de manera reduccionista que la causa de la crisis y posterior depresión fuesen unos tipo de salarios excesivos. Esto sería obviar el carácter complejo de la crisis de 1929 y la posterior depresión en donde intervinieron varios factores, de manera que estamos ante una causa necesaria pero no suficiente.

Este estratagema también ocurre en el tratamiento que Keynes da a la **“Ley de Say”**. Keynes pretendió haber refutado tal ley que nos dice que la **“oferta crea su propia demanda”**. Pero en realidad lo que esto quiere expresar es el carácter interconectado de la economía, así como también prevenirse de establecer divisiones artificiales entre, por un lado, producción y, por otro, consumo. Como explicaba el académico español (nacionalizado mexicano), Faustino Ballvé (1887-1958) en su breve libro titulado *“Los Fundamentos de la Ciencia Económica”* (1956), el proceso económico es uno y continuo, de manera que dentro de un sistema económico se produce mientras se distribuye y consume, y viceversa. A lo mismo apuntaba el economista alemán Wilhelm Röpke en su libro *“La Teoría Económica”* (1937) cuando escribió:

“El proceso económico es un proceso simultáneo y a la vez un proceso en el cual todos sus componentes guardan íntima relación recíproca y se condicionan mutuamente”.

LIBERTY & KNOWLEDGE

Lo anterior quiere decir que si yo demando un bien o servicio, es porque yo he producido algo, de manera que yo al vender autos puedo también demandar alimentos, de manera que se cierra esa brecha ficticia entre productor y consumidores, como si pertenecieran a dos mundos diferentes. Por ende, Say no quiso dar a entender que la oferta por sí misma crea automáticamente su propia demanda: tal mundo sería una utopía y no existirían las crisis económicas. Así, caricaturizar esta “ley” es un ofensa a la inteligencia de Jean Baptiste Say. En palabras de Hazlitt:

“Que yo sepa, ningún economista importante estableció jamás el absurdo supuesto (de que acusa Keynes indirectamente a toda la escuela clásica) de que, gracias a la ley de Say, depresiones y paro fueran imposibles, y de que todo lo producido encontraría automáticamente a una salida fácil a un precio provechoso. La ley de Say, digámoslo de nuevo, era contraria a las afirmaciones de los keynesianos y no

la piedra angular en que estuviera basado el gran edificio de las doctrinas positivas de los economistas clásicos”.

Continúa Hazlitt criticando la idea de Keynes de que los trabajadores están más preocupados de sus salarios nominales que sus salarios reales. Frente a esto, el periodista estadounidense señala que es una idea pasada de moda, al menos, en Estados Unidos donde existen sindicatos que poseen sus propios economistas y jefes de investigación que conocen las variaciones mensuales del IPC. Otros conceptos problemáticos para Hazlitt son los de “nivel general de salarios y de precios”, puesto que estos no existen en la realidad, siendo más bien construcciones estadísticas, un valor matemático limitado que evade los problemas derivados del carácter dinámico de la economía. En palabras de Hazlitt:

“La palabra “nivel” puede dar origen a otro supuesto falso, a saber, el de que los salarios suben o bajan de forma igual o uniforme mente. Es precisamente el hecho de no ocurrir así lo que origina la mayoría de los problemas de la inflación o de la deflación”.

En virtud de lo anterior, Hazlitt afirma que la economía global o “**macroeconomía**”, junto a la falacia de los promedios que le es propia, constituye un retroceso en materia económica, puesto *que “que encubre las relaciones reales y la causalidad real, y le conduce a levantar y elaborar una estructura de relaciones y causalidad ficticias”.* Otras complicaciones que detecta Hazlitt es el uso que da Keynes al **concepto de “trabajo”** que se asemeja al utilizado por Marx, esto es, como un trabajo homogéneo despojado de sus particularidades y, por lo demás, como si constituyera un bloque uniforme que tiene como contrincante a otro bloque uniforme que serían los empresarios.

De acuerdo a esto, el autor explica que esta manera de abordar el tema tiene como consecuencia el hacer caso omiso de los frecuentes conflictos de intereses entre diferentes grupos de trabajadores, así como también la identidad de intereses entre trabajadores y empresarios en la misma industria o empresa. Otro concepto problemático es el de “**propensión marginal a consumir**” que para Hazlitt no es una “propensión” en el sentido habitual del término, sino que se trata de una relación matemática, es decir, se refiere a aquella fracción o porcentaje del ingreso que la comunidad gasta en bienes de consumo a diferentes niveles de ingreso. Más problemático resulta ser que la PMC sea en bienes de consumo y no en bienes de capital, de manera que en este último caso no queda incluido en la PMC, puesto que sería una inversión. Frente a esto, Hazlitt se pregunta:

“Si usted compra una segadora estrictamente para utilizarla en su propia hacienda, sin duda forma parte de su “propensión a consumir”. Si usted la compra para alquilarla a otros, es una “inversión”. ¿Pero qué es si usted la utiliza en parte para su propia hacienda y en parte para alquilarla a otros?”

Junto a lo anterior, Hazlitt critica el concepto de “**inversión**” que utiliza Keynes, a propósito del “multiplicador”, el cual significa gasto gubernamental, gasto que, por lo demás, no tiene como fin aumentar la productividad en términos cuantitativos y cualitativos. En suma, este gasto para cualquier fin es, para Hazlitt, inflación y no, como piensa Keynes: inversión. También cae bajo su radar **la teoría del interés** de Keynes. El británico rechazó la idea que el interés reflejaba la abundancia o escasez de ahorro y, en cambio, postuló que el ahorro variaba de acuerdo a la renta y que el interés era el precio a pagar por renunciar a la liquidez. Como explica Astarita, Keynes rechazó la teoría cuantitativa del dinero de Fisher ($MV = PT$) y la versión reformulada de Cambridge ($MV = Py$). Siguiendo al economista argentino, dentro de la teoría de Keynes la oferta y demanda de dinero determinaban la tasa de interés y no el nivel de precios. A partir de tal idea, tenemos entonces que un aumento de la cantidad de dinero no afecta directamente al nivel de precios, sino que influye en

los precios “*en la medida en que incida sobre la tasa de interés, y ésta sobre la demanda y el ingreso*”.

Por lo tanto, como apunta Skidelsky, un programa de rearme como era el caso del británico ad portas de comenzar la guerra contra Alemania, podía ser financiado mediante un préstamo que aumentase el ingreso nacional y, por consiguiente la renta, de manera que no no habría peligros de generar inflación. Así Keynes descarta la preferencia temporal como determinante del tipo de interés. Esta teoría, fundamentada en la oferta y la demanda, no era incorrecta, pero resultaba ser superficial e incompleta, puesto que cuando uno se pregunta qué es lo que a su vez *determina* la oferta y la demanda de fondos prestables, no podemos responder que es el tipo de interés, ya que caeríamos en un razonamiento circular, de manera que para salir de tal círculo se hace necesario dar una explicación que apele a factores reales.

LIBERTY & KNOWLEDGE

Esta es la crítica que hace, por ejemplo Jesús Huerta de Soto en libro “Dinero, crédito bancario y ciclos económicos”, afirmando que el economista británico cae en el razonamiento circular propio del análisis funcional de los economistas matemáticos. Este razonamiento consiste en señalar, por un lado, que el tipo de interés viene determinado por la demanda de dinero (preferencia por la liquidez) y, por otro lado, que esta demanda de dinero depende, a su vez, del tipo de interés

El anterior razonamiento, junto a la idea de que el bienestar puede alcanzarse mediante aumento del gasto se explica, señala Huerta de Soto, debido a que Keynes carecía de una teoría del capital. Al carecer de esto, el británico no concibió que es el aumento del ahorro, o lo que es lo mismo, la disminución del consumo “lo que permite e impulsa la creación de una estructura productiva más intensiva en capital”. que, una vez culminada, proporciona a la sociedad más y mejores bienes de consumo. Véase la refutación de la «paradoja del ahorro

A continuación, el autor procede a dividir en 3 categorías las distintas teorías del interés. En primer lugar están las teorías de la productividad, en segundo lugar las teorías de la preferencia temporal y una tercera que combinan los conceptos de productividad y de preferencia en el tiempo. También menciona una cuarta categoría que tiene en cuenta la productividad, la preferencia en el tiempo y las perturbaciones causadas por los factores monetario. A continuación, Hazlitt lanza la siguiente bomba: *“la especie de teoría puramente monetaria representada por Keynes es una economía preclásica, mercantilista y propia del hombre de la calle”*.

Hazlitt se adhiere a la teoría de la **teoría de la preferencia temporal** de Ludwig von Mises en virtud de la cual, para inducir a un individuo a postergar el consumo presente por uno futuro, se le debe dar un valor adicional que compense la espera. Este valor vendría a ser el interés originario y dependerá de la preferencia personal de los individuos, por lo que mientras más valor el individuo el presente, mayor será la cuantía del interés para inducirlo a que ahorre. Lo anterior significa que en el mercado encontraremos individuos con distintas preferencias temporales, de manera que habrá un tipo de interés de mercado (distinto del originario) que refleja tanto la preferencia temporal de los individuos, así como también la prima de riesgo y la prima por inflación esperada

Otro concepto que cae bajo el radar de Hazlitt es **el de “equilibrio”** que, como señala Hazlitt, es una herramienta del pensamiento que son útiles y necesarias para los economistas, tal como lo son los conceptos de pleno empleo, curvas de oferta o economía estacionaria. En palabras del autor:

“El error surge cuando “equilibrio” se toma como un hecho existente, o cuando se le ridiculiza simplemente porque es un hecho inexistente. Lo que es real es una tendencia siempre presente hacia el equilibrio. Este tiende a aproximarse cada vez más y a ser más rápidamente alcanzado a medida que la concurrencia, los precios y los salarios se hacen fluidos y libres”.

Por lo demás, mucho de los conceptos económicos son tomados prestados de las ciencias físicas, como el caso de los conceptos de desequilibrio, equilibrio, estática, dinámica y elasticidad. En el caso del **concepto de “economía estacionaria”** o de “*giro uniforme*” (como el “*eterno retorno*” de Nietzsche, señala Hazlitt) que no es más que un constructo mental útil para el análisis económico. Ningún economista podría creer que el mundo se comporta de acuerdo a modelos estacionarios en donde se supone que una variable cambia mientras todo lo demás permanece “constante”.

Pero este análisis estático, señala Hazlitt, es un primer paso para el análisis dinámico, de manera que no debe menospreciarse. Pero existen otros conceptos problemáticos en Keynes, como el “**demanda efectiva**” definida como el ingreso total que los empresarios “esperan” recibir, mientras que Hazlitt señala que esto es simplemente ligereza de redacción, ligereza de pensamiento o ambas. ¿La razón? Porque la demanda efectiva es lo que los empresarios de hecho reciben y no lo que “esperan recibir” (lo que esperan que sea la demanda efectiva). Así, Keynes incurre en una confusión entre expectativas y realidades

Otras confusiones y paradojas guardan relación con el ahorro y la inversión que, en la “TG” nos dice que

$$Y = I + C$$

$$S = Y - C$$

$$I = S$$

Pero a pesar de que ahorro e inversión son siempre iguales, resulta que Keynes continúa con sus sesgo anti ahorro, el cual constituye una filtración dentro del flujo circular de la renta. Así, se cae en una paradoja cuando Keynes sugiere que el ahorro disminuía el ingreso mientras que la inversión lo aumentaba, siendo “I” y “S”

aspectos diferentes de la misma cosa. El periodista también **coloca su lupa en frases imprecisas de Keynes**, que pueden pasar despercebidas para otros lectores. Por ejemplo, el economista británico afirmaba los empresarios se esforzaban en fijar el volumen de empleo en el nivel en que esperan hacer máxima la diferencia entre los ingresos y el coste de los factores.

Frente a esta afirmación Hazlitt (que no la considera absolutamente falsa) señala que los empresarios no “se esfuerzan en fijar el volumen de empleo” en ningún “nivel” preconcebido. El empresario tiene que tomar una serie de decisiones sobre el equipo a utilizar, materias primas y los distintos trabajos que ha de emplear. Respecto al tema de cuántos trabajadores emplear, esto será la consecuencia de un entramado complejo de decisiones, de manera que el *“volumen de empleo no es su objetivo; es simplemente, algo incidental de su objetivo”*.

Otro tema que complica a Hazlitt es el de **“función”**, por ejemplo, rechaza la idea de que exista una relación constante, precisa y determinada entre el número de trabajadores empleados y los costes o ingresos brutos del fabricante. La razón de esto es que tanto los costes como los ingresos dependerán no dependen de la cantidad de esto, sino que también de la cualidad, calidad y conocimientos prácticos de los trabajadores considerados individualmente.

En suma, el enfoque “macro” vuelve a darle la espalda a las complejidades propias de la economía. Los análisis macro de Keynes dejando de lado el hecho de que los costes dependen de otros factores. *La planta, del equipo que instale, las materias primas que adquiera, sumado a los costes de transporte y los precios variables de todos esos conceptos. Por lo demás, añade Hazlitt, las variaciones en los costes relativos o el progreso técnico, pueden hacer variar la relación entre el número total de hombres empleados y el producto total.*

En relación con la economía matemática, Hazlitt no la rechaza de buenas a primeras. Lo que señala es que si una ecuación matemática no es precisa, es peor que inútil: es un fraude. Añade que, al igual que el lenguaje verbal, para que una ecuación matemática sea científicamente útil, debe ser, al menos, comprobable. El punto de Hazlitt es que Keynes incurre en esta clase de errores, por ejemplo cuando se refiere a la función de la “demanda agregada. Si “ D ” son los ingresos que los empresarios esperan recibir del empleo de “ N ” hombres, siendo $D = f(N)$, entonces tenemos que la relación entre D y N , que puede ser denominada función de demanda agregada.

¿Pero acaso debemos realmente pensar que los empresarios operan de esa manera? Como explica el autor, un empresario comienza, en primer lugar, por tratar de determinar cuál será su ingreso *neto* por producir una cierta cantidad de un *producto específico* y venderlo a un determinado *precio*. En segundo lugar, una vez que el empresario ha hecho la estimación, decidirá cuántos hombres serán necesarios para obtener ese producto. Lección de Hazlitt, cuidarse del uso de las matemáticas en economía:

“Si digo, por ejemplo (y no estoy simplemente bromeando), que el amor de Juan por Alicia varía según una relación exacta y determinada con el amor de María por Juan, tendría que poder demostrar que ello es así. Pero no demuestro mi afirmación— de hecho, no la hago un ápice más valiosa o “científica— si escribo solemnemente: sea X igual al amor de María por Juan, e Y igual al amor de Juan por Alicia; entonces: $Y = f(X)$ ”

En fin, Hazlitt hace un llamado a hacer un uso debido de las matemáticas y que el lector no se deje embrujar y embaucar por el lenguaje matemático. Como suele decirse, no hay que confundir el mapa con el territorio, de manera que los modelos, por ejemplo, de oferta y demanda, nos dice Hazlitt, hay que entenderlos como analogías, metáforas y ayudas visuales del pensamiento. Como reconoce el autor,

incluso Alfred Marshall, gran promotor de las matemáticas en economía, limitó de manera prudente esa herramienta, optando por expresar sus opiniones de manera verbal en lugar de apelar a sus diagramas. Marshall era consciente de que las matemáticas podían desconectar al economista del mundo económico y desplazarlo a un mundo ficticio. Dejaremos aquí a Hazlitt, puesto que el lector prodrá profundizar es su muy recomendable libro sobre la “TG” de Keynes.

Otra crítica proviene de uno de los discípulos de Mises: el ya mencionado economista de la Escuela Austriaca de Economía, **Murray Rothbard**, en su libro “*El Hombre, el Estado y la Economía*” (1962). En el capítulo 11 Rothbard aborda el concepto de atesoramiento de Keynes sometiéndolo a una dura crítica puesto que, en primer lugar, lo considera como un palabra inapropiada para usarla en materia económica y, en segundo lugar, e hecho de atesorar no tiene por qué ser algo negativo. De acuerdo a Keynes un aumento del ingreso causa, a su vez, un aumento de la propensión marginal a consumir en una medida menor al aumento del ingreso, por ende, el no consumo (ahorro) significaría que el dinero sale del flujo circular de la renta, de manera que el atesoramiento causaría una disminución del ingreso agregado.

En otro libro de Rothbard titulado “*La Gran Depresión*” (1963), explica que el ahorro es igual a la inversión y esta última solo puede provenir, dejando de lado el crédito bancario, del ahorro. Será la preferencia temporal del individuo la que determine cuánto destinará a consumo y cuánto a inversión, mientras que la utilidad subjetiva del dinero determinará cuanto mantendrá como saldos de tesorería. Así, regresamos a una línea divisoria que ya vimos con Hazlitt y es la teoría de la preferencia temporal, como explicación del tipo de interés, en contra de la teoría keynesiana de la preferencia por la liquidez.

De acuerdo a esta última, durante una crisis financiera las personas atesoran o demandan especulativamente dinero esperando una subida del tipo de interés (que

les induzca a asumir los riesgos de invertir), de manera que este “**atesoramiento especulativo**” ayuda a mantener los tipos de interés bajos. De acuerdo a Keynes era la incertidumbre y el pesimismo respecto al futuro lo que acompaña al colapso de la EMC lo que ocasiona, a su vez, el aumento de la preferencia por la liquidez. Estamos así ante la “trampa de la liquidez” que, como apunta Rallo, consiste en un caso en donde “*la demanda de dinero se vuelve tan grande como para absorber toda la oferta que pueda generar el banco central*”. Así, añade el mismo autor, la trampa de la liquidez “es un fenómeno propio del mercado monetario derivado del riesgo y de las expectativas que el tipo de interés suba en el futuro”. Por último, cabe añadir que el mismo economista español que no fue Keynes quien acuñó este término, sino que fue John Hicks

También **critica la política inflacionaria** de Keynes, es decir, la creencia de que se puede alcanzar el pleno empleo por medio de la ilusión monetaria. Esto quiere decir que, si bien los sindicatos pueden negociar sus salarios en términos nominales, estos ya han aprendido que lo importante es el salario en términos reales, es decir, su poder adquisitivo. Durante algún tiempo, tras la muerte de Keynes, se aceptó la de llamada “**Curva de Phillips**”, formulada en 1958 por **A.W.H Phillips (1914-1975)** en donde se plantea una relación negativa entre la tasa de cambios de los salarios y el nivel de empleo. Básicamente esto nos viene a decir que, para promover el pleno empleo, se debía aceptar soportar mayores niveles de inflación. Tal herramienta fue utilizada por otros prestigiosos economistas para sus estudios empíricos como Paul Samuelson y el ahora nonagenario economista y académico del MIT, Robert Solow.

Fue **Milton Friedman** en su libro, “*Economía Monetaria*” (1991), quien criticó a Phillips tildando de “falaz” su análisis, puesto que no se podía afirmar que la oferta y demanda de empleo fueran funciones de la tasa de salarios nominales. Añadía Friedman que todo teórico de la economía, desde Adam Smith hasta el presente, hubiese afirmado que el eje vertical de la Curva de Phillips debiera referirse a los

salarios reales (S/P) y no a los nominales (P). Friedman explica esta confusión entre salarios nominales y reales por el clima intelectual de la época dominado por el pensamiento keynesiano y su supuesto de la rigidez de los precios, lo que se traducía en que las personas no incorporaran en sus planes la posibilidad de un cambio en el nivel de precios. Así, Friedman cuestiona el trade-off o intercambio entre inflación y empleo en el largo plazo:

“Por cierto, todo el argumento keynesiano en favor de la posibilidad de una política de pleno empleo surgió del supuesto de que era posible conseguir que los trabajadores (al menos en los años treinta, cuando Keynes escribió la Teoría general) aceptaran salarios reales más bajos producidos por la inflación, a un nivel que no aceptarían en la forma de una reducción directa de los salarios nominales”.

Así, la inflación actúa como un impuesto encubierto que grava a los salarios, disminuyendo su poder adquisitivo. Así, una vez que se introduce la hipótesis de las expectativas adaptativas, tenemos que estas expectativas son revisadas sobre la base de la diferencia entre la actual tasa de inflación y la tasa esperada.

Ahora bien, y como nos recuerda Astarita, a partir de la crítica de Keynes a la teoría cuantitativa, los poskeynesianos elaboraron una teoría explicativa de la **inflación que prescindía de la teoría monetarista**, vale decir, la inflación dejaba de ser un “fenómeno monetario” como aseveraba Milton Friedman. Esta nueva explicación apuntaba a que era la presión salarial la que impulsaba los costes al alza lo cual terminaba por transmitirse a los precios. Así, la inflación sería el resultado de lo que conocemos como la “puja distributiva”. Al respecto escribe Astarita:

“Tratándose de las sociedades modernas, en las que existen grandes corporaciones, multinacionales, carteles y sindicatos, los poskeynesianos y kaleckianos sostienen que la inflación siempre constituye una expresión “de una

lucha entre grupos organizados, cada uno de los cuales está tratando de obtener una mayor porción del ingreso nacional o mundial disponible para ellos”.

En lo que respecta a la “**ilusión monetaria**” Astarita explica que Keynes no concordaba con el “efecto Fisher”, de acuerdo al cual la inflación esperada se considera estable y los cambios en la tasa de interés se corresponden uno a uno respecto a los cambios en la tasa de inflación, de manera que tenemos

$$i = r + \pi$$

Entonces, tenemos que $i = r + \pi$ nos dice que un incremento en π (inflación esperada) causa un aumento igual en i . Esto es lo que se conoce como el efecto Fisher que implica la neutralidad del dinero, alejándose así de la diferenciación establecida por David Hume **entre magnitudes nominales y reales**, y que Keynes sí tiene en consideración. Es por ello que rechaza que un cambio en la masa monetaria afecte a todos los precios en la misma proporción. En lugar de aceptar esto, Keynes tiene en consideración los efectos en los precios relativos, los efectos distributivos y cómo esto repercute en el gasto de las personas.

El mecanismo de transmisión de la variación de la cantidad de dinero es indirecto, en donde un aumento de la masa monetaria trae como consecuencia una disminución de la tasa de interés lo cual produce un aumento de la inversión (determinada por la EMC), del ingreso y la demanda. Los precios variarán de acuerdo a la elasticidad demanda, así como por la condiciones de la oferta y será el nivel de ocupación el que se verá afectado (puesto que, a su vez, depende de la demanda efectiva). Como ya señalamos, la tasa de interés para Keynes viene determinada por la preferencia por la liquidez, así como también por la oferta monetaria (recordar la PMC y PMS). La tasa de interés podría entenderse como al recompensa por renunciar a la preferencia por la liquidez.

Como explica Juan Ramón Rallo, de acuerdo al keynesianismo, se deben dar dos condiciones para que una mayor oferta monetaria se traduzca en un aumento de los precios. En primer lugar tenemos que esa mayor oferta monetaria no sea atesorada por los agentes económicos, sino que sea gastada en la economía real. En segundo lugar, Rallo señala que la economía real ya debió haber alcanzado la ocupación plena de todos sus factores productivos de manera que ya no sea capaz de incrementar su oferta de bienes y servicios tras el aumento del gasto

Otras observaciones críticas las realiza el economista y profesor de la Universidad de Auburn, **Roger Garrison**, en su libro ***“Tiempo y Dinero. La Macroeconomía de la Estructura del Capital”***. Garrison aborda críticamente la macroeconomía keynesiana basada en el trabajo oponiéndola a su propia propuesta: la macroeconomía del capital, idea basada a partir de lo expuesto por Hayek en su libro **“Precios y Producción”** (1931). Garrison explica que la macroeconomía keynesiana vino a centrarse en la demanda agregada de producción con relación al producto potencial de la economía. Tal enfoque macroeconómico separó la producción de bienes de capital de la producción de los bienes de consumo. La inversión fue considerada como el componente inestable dentro de la demanda agregada y el consumo como el componente estable.

Ahora bien, la crítica de Garrison apunta a algo más profundo y que se refiere a cómo se está enseñando economía a los estudiantes. Comenta el autor que la moderna pedagogía macroeconómica ha terminado por transformarse en una extraña secuencia de argumentos que comienza con el análisis renta-gasto, el modelo del flujo circular de la renta, pasando por el modelo IS-LM, la oferta y demanda agregada para, finalmente señalar hacia el final del curso, que lo anterior es erróneo o que constituyen modelos mecanicistas e irrelevantes.

Sumado a esto, el enfoque keynesiano carece de una teoría sobre la formación de capital, de las distintas etapas de la estructura productiva (desde los bienes de órdenes superior hasta los de órdenes inferior), así como también la importancia del factor interés y cómo el tipo de interés actúa sobre tal estructura productiva. En suma, Garrison da a entender que toda la complejidad del sistema económico desaparece y queda absorbido por los agregados económicos con los que opera Keynes. Continúa explicando Garrison:

“La simplificación analítica se logró, en parte, por la agregación per se y, en parte, por el hecho de que el principal input agregado era el factor trabajo en lugar del capital. Todas las cuestiones espinosas del capital (...) se dejaron de lado, en tanto que las cuestiones más simples del factor trabajo se convirtieron en el foco casi exclusivo”.

LIBERTY & KNOWLEDGE

El mismo Hayek en *“Precios y Producción”* realiza una crítica a la teoría monetaria (como al de Irving Fisher) que opera en base a agregados económicos. Para Hayek una teoría monetaria que establece relaciones causales entre agregados o promedios globales se encuentra atrasada en relación con el desarrollo de la economía general. En relación con la ausencia de una teoría del capital, Hayek la explica por la formación de los economistas en Cambridge, quienes no estudiaron a autores como Böhm-Bawerk y Knut Wicksell, tradición en la que sí se había formado Hayek (además de la influencia de Carl Menger y Ludwig von Mises). Así Hayek señaló que Keynes *“ni dominaba el cuerpo de teoría económica por entonces disponible ni se preocupaba realmente por familiarizarse con los desarrollos del mismo que quedarán al margen de la tradición marshalliana (...)”.*

La Macroeconomía que propone Garrison es una que integra tres gráficos interrelacionados. El primero es el **mercado de fondos prestables**, el segundo es la frontera de posibilidades de producción y, por último, la estructura intertemporal de la producción en donde utiliza el “triángulo de Hayek”. Me referiré

brevemente a esta propuesta. El mercado de fondos prestables nos presenta la oferta y demanda de fondos prestables, de manera que involucra a prestamistas y prestatarios. Este mercado coordina las decisiones de una y otra parte en base a las preferencias intertemporales, de quienes ofrecen sus ahorros a cambio de una rentabilidad y quienes demandan tales ahorros destinados al proceso productivo. Así, el gráfico nos muestra la relación entre la tasa de interés, el ahorro y la inversión. Cuando existe mayor ahorro disponible, entonces el tipo de interés disminuirá. En palabras de Garrison.

El segundo componente de la macroeconomía del capital de Garrison es la **frontera de posibilidades de producción** que, inusualmente, Garrison integra al análisis macroeconómico. Este gráfico representa el trade-off o intercambio entre consumo e inversión (medida en términos brutos) bienes de capital, de manera que tal gráfico representara las distintas combinaciones de consumo e inversión. En palabras de

Garrison:

“La FPP para un año dado obliga al consumo y a la inversión a moverse en direcciones opuestas a lo largo de la frontera. Dicho con más exactitud, , el análisis estático comparativo implica combinaciones de consumo e inversión que se encuentran en una FPP dada”.

Por último tenemos el “**triángulo de Hayek**” que viene a reflejar la estructura intertemporal de la producción (años antes Böhm-Bawerk había utilizado un modelo con círculos concéntricos), que refleja dos elementos fundamentales: el valor y el tiempo. En lo que respecta al tiempo el economista estadounidense explica que este tiene una doble interpretación. En primer lugar representa los bienes en proceso de producción moviéndose a lo largo del tiempo, desde el origen a el final del proceso productivo. En segundo lugar representa las diferentes etapas de la producción, cada una de las cuales apunta al consumo en distintos momentos del futuro.

LIBERTY & KNOWLEDGE

Como explica Garrison, el lado horizontal del triángulo representa el tiempo de la de los bienes de consumo, mientras que el lado vertical mide el valor de la producción. Así de izquierda a derecha tenemos las etapas más lejanas de la producción hasta llegar al extremo derecho donde están los bienes finales. Por último, tenemos que este triángulo puede sufrir tanto una contracción vertical así como también horizontal y a continuación explicaremos el por qué.

Veamos ahora la relación entre estos 3 gráficos. Como explica Garrison, en macroeconomía así como en teoría del crecimiento, “ahorrar” significa “no consumir”, de manera que un incremento del ahorro se traduce en una disminución del consumo lo que significa que aquellos recursos que podrían haberse destinado al consumo, ahora están disponibles para la inversión. Si existen mayores ahorros voluntarios disponibles debido al aumento del consumo entonces esto tendrá efectos en el tipo de interés el cual disminuirá y la curva de oferta de fondos prestables se desplazará hacia la derecha. Lo anterior repercute en la FPP con una disminución del consumo en favor de un aumento de la inversión.

Por último, en lo que respecta al triángulo de Hayek, tenemos que la mayor disponibilidad de ahorros tendrá como efecto la contracción vertical del triángulo y a su vez una expansión horizontal, o lo que es lo mismo, una expansión de su estructura productiva. La razón de esto es que al haber menos consumo, y, por ende mayor ahorro, la inversión ira destinada no al sector de bienes de consumo, sino que a los bienes de capital, a aquellas etapas más lejanas en el proceso productivo (los bienes de orden superior de Carl Menger).

Otro caso es que el consumo aumente y que, por tanto, existan menos ahorros posibles con la consecuente subida de los tipos de interés y la disminución de la inversión en bienes de capital. En el triángulo de Hayek esto se verá reflejado en una expansión vertical y una reducción horizontal. El problema se genera cuando la reducción del tipo de interés no es un reflejo del ahorro voluntario, sino que de una

expansión crediticia, lo que se traducirá, en palabras de Garrison, en un “crecimiento artificial” de la economía. En palabras del autor:

“La macroeconomía del capital permite la identificación de las diferencias esenciales entre el crecimiento genuino y el crecimiento artificial. Las diferencias claves derivan de los diferentes papeles desempeñados por los ahorradores y las autoridades monetarias”.

Es esta expansión artificial en base a políticas monetarias expansionistas (sin respaldo de ahorro voluntario) sobre la que se construye la teoría de la Escuela Austriaca del Ciclo Económico (lo cual sería tema para otro artículo). Como explica José Antonio de Aguirre, tanto Mises como Hayek pensaban que inversión y ahorro podían diferir, puesto que tales decisiones recaían en distintas personas: el empresario, guiado por criterios de rentabilidad, y consumidores, guiados por otros criterios.

LIBERTY & KNOWLEDGE

Pero existía otra razón que explicaba la divergencia entre ahorro e inversión y que constituía uno de los problemas nucleares de la teoría del ciclo económico de la Escuela Austriaca: que a los fondos prestables existentes se les una aquellos que pueden ser creados por el sistema bancario y de crédito. Así, el libro de Garrison explica como repercute el gasto financiado mediante déficit en estos gráficos presentados, es decir, en el mercado de fondos prestables, la estructura productiva y en la Frontera de las Posibilidades de Producción en donde se muestra el trade-off entre inversión y consumo.

Otras críticas a Keynes pueden leerse en el libro titulado *“John Maynard Keynes. Un capitalista revolucionario”*, de **Roger E. Backhouse**, académico de historia y filosofía de la Economía en la Universidad de Birmingham, y del economista **Bradley W. Bateman**, Presidente del Randolph College. En su libro, los autores

desmistifican la figura de Keynes para centrarse más bien en el Keynes histórico. Ahora bien Keynes también es responsable, en aparte, de este mito en torno a su figura puesto que, como apuntan los autores, él mismo había alimentado la noción de que estaba fomentando una revolución en el campo de la teoría económica, tal como se planteó a George B. Shaw en la carta citada anteriormente.

Además el propio Keynes expresaba en su “TG” que su obra constituía una suerte de nuevo paradigma que pretendía ir más allá de los clásicos, esto es, pretendía luchar para escapar de las formas habituales de pensamiento y expresión. Pero, en palabras de Backhouse y Bateman, **la supuesta “revolución keynesiana”** no implicó el derrocamiento absoluto del pensamiento anterior y, por lo demás, no se debe solo a Keynes. De acuerdo a esto, los autores afirman que aunque Keynes haya propuesto una teoría nueva, esta se edificó sobre conceptos desarrollados en la década de 1920 y 1930, como el estudio de los ciclos económicos por parte del economista estadounidense Wesley Mitchell (1874-1948) quien dirigió el National Bureau of Economic Research (1920-1945). Los autores citan también el trabajo de los austriacos, Ludwig von Mises y Friedrich Hayek, y su teoría del ciclo económico, así como también los estudios de Irving Fisher en Estados Unidos.

Entonces, **¿cuál sería el mérito de la “TG” de Keynes de acuerdo a los autores?** Su respuesta es que la obra de Keynes se transformó en un canal por medio del cual se transmitió una enorme cantidad de pensamiento creativo sobre el ciclo económico a la teoría económica de posguerra. Más adelante añaden:

“(…) la Teoría General fungió como un filtro que permitió el paso de ciertas ideas e impidió el de otras, que se perdieron. El resultado es que cuando las generaciones posteriores de economistas volvieron la vista hacia atrás y vieron que la figura de Keynes era dominante, no fue porque él hubiera inventado la materia, sino porque vieron el pasado a través de la lente de la economía keynesiana”.

No obstante lo anterior, Backhouse y Bateson rechazan que la obra de Keynes haya tenido una influencia inmediata en su entorno. Con esto quieren dar a entender que los déficits presupuestarios en la década de 1930 en Suecia, Estados Unidos o Francia, no se debieron a su obra. En caso de Francia, su “TG” fue traducida al francés en 1942 y el New Deal en Estados Unidos no se basó en la “TG”. En este último caso, los autores recuerdan que Franklin D. Roosevelt, en sus campañas electorales, abogaba por un equilibrio del presupuesto gubernamental y acusaba a su contrincante, Herbert Hoover, de ser un peligroso despilfarrador.

Sumado a esto, tenemos que el “primer New Deal” se implementaron planes para incrementar la producción industrial, disminuyendo así el poder monopólico de las grandes empresas. Añaden que el objetivo de la Oficina de Recuperación Nacional – que operó entre 1932 y 1935 – no era proporcionar un estímulo fiscal, sino que estabilizar los mercados valiéndose de una política de control de precios. Los déficits en los que incurrió Roosevelt posteriormente obedecieron a medidas de emergencia y prometió volver a equilibrar el presupuesto en su campaña de 1936. Solo posterior a este año, Roosevelt habría incurrido intencionalmente en un déficit presupuestario pero, como afirman Backhouse y Bateson, *“lo hizo con base en las ideas de varios investigadores jóvenes de su propio equipo, y ninguno de ellos las había obtenido leyendo a Keynes”*.

Sylvia Nasar señala que los asesores de Roosevelt desconfiaban de los laboristas británicos y de inflacionistas como Keynes (e incluso Irving Fisher) A eso añadía que las medidas preconizadas por Keynes, salvo el abandono del patrón oro, no lograron cuajar ni en Estados Unidos ni en Inglaterra. Paradójicamente, como el mismo Keynes advirtió, fue en la Alemania nazi donde se implementó una suerte de keynesianismo militar⁶. El mismo Keynes aseveró que su teoría de la producción

⁶ Para el año 1936 ya había una edición de su obra en idioma alemán.

comprendida como un todo se adaptaban de mejor manera a las condiciones que prevalecían en un Estado totalitario.

Incluso la economista inglesa, **Joan Robinson (1903-1983)**, llegó a aseverar en su “Richard .T Ely Lecture” (1971) titulada “La segunda crisis de la Teoría Económica”, que Hitler ya había encontrado la manera de curar el desempleo antes de que Keynes acabara explicando por qué ocurría. Por su parte, Paul Samuelson afirmó en 1983 que Keynes no fue el primero ni sería el último en abogar por el gasto en obras públicas en épocas de crisis. El estadounidense también trae a Hitler a la palestra señalando que la campaña de expansión y venganza del dictador alemán constituyó un éxito al lograr en Alemania el pleno empleo⁷.

Los autores añaden que ni siquiera en Gran Bretaña se adoptaron sus políticas de estímulo fiscal y la primera influencia que las ideas de Keynes habrían tenido en el gobierno, no guardaban relación con estimular la economía sino que con controlar la inflación. Solo a partir de 1941 se habrían adoptado sus ideas frente a la necesidad de un mayor gasto militar. Recordemos que Hitler ya había iniciado su campaña expansionista en Europa continental, conquistando el frente occidental, sometiendo a Inglaterra a un destructivo bombardeo. En este contexto escriben los autores:

“La visión keynesiana se utilizó como marco de referencia para determinar cuánto se requería disminuir el consumo civil y cómo se podían implementar mayores gravámenes y ahorros obligatorios, entre otras medidas, a fin de lograr la reducción necesaria sin que aumentaran los precios”.

⁷ Narindar Singh, Keynes and Hitler. *Economic and Political Weekly* vol. 29, no. 42 (oct. 15, 1994), pp. 2755-2757+2759-2766

Como explica Skidelsky, una de las preocupaciones del Tesoro británico era crear espacio para el rearme sin crear presiones inflacionarias y habría sido esta perspectiva inflacionista la que “reconcilió la economía keynesiana con la ortodoxia del Tesoro”. Incluso Keynes escribió en el año 1937 tres artículos en “The Times” que versaban sobre la técnica de estabilización, tema que se encontraba ausente en su “TG”. Fue aquí donde Keynes, en la sección titulada “Boom control” donde aseveró el momento adecuado para el Tesoro era en el boom del ciclo y no en la recesión,

Backhouse y Bateson señalan que sería tras finalizar la Segunda Guerra Mundial en 1945 cuando la figura de Keynes y el “keynesianismo” quedarían estrechamente identificados con la planificación macroeconómica y con la utilización del déficit presupuestario como medio para controlar el nivel de la actividad económica. En virtud de lo anterior, si la economía entraba en recesión entonces se hacía necesario aumentar el gasto público o reducir los impuestos. Por el contrario, si la economía se sobrecalentaba con un sobreempleo y presiones inflacionarias, entonces había que reducir el déficit con el objetivo de equilibrar la demanda agregada con la producción. En opinión de Skidelsky, después de la guerra, los keynesianos disponían de una respuesta sencilla a la pregunta acerca de cómo pueden los gobiernos mantener el “pleno empleo”:

“Si la demanda prevista superaba la oferta prevista, amenazando inflación, el gobierno debería tener un superávit presupuestario; en el caso opuesto, en que el peligro era el desempleo, debería tener déficit. En ambos casos, el presupuesto del Estado era el factor equilibrador. El dinero debía mantenerse barato bajo todas las circunstancias”.

El contexto también conspiró a favor de las ideas de Keynes, por ejemplo, tras el impacto de la gran depresión, que vino a finalizar con el inicio de la Segunda Guerra Mundial en 1939, se creó la idea de que la mejor época de Estados Unidos

tuvo su origen en el gasto gubernamental, de manera que se exigió que continuase la gestión de la demanda una vez terminada la guerra. Si retrocedemos en el tiempo, específicamente a 1926, fecha de la publicación de la publicación del “El fin de laissez faire”, en este, Keynes se refiere a la organización económica socializada durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918). En este ensayo, Keynes deja entrever el optimismo de algunos sobre la posibilidad de extender este régimen de producción a épocas de paz. La razón de esto la explica el propio Keynes, y es que el socialismo de guerra había alcanzado

“incuestionablemente una producción de riqueza en una escala mucho mayor de la que nosotros hayamos conocido nunca en paz, pues aunque los bienes y servicios producidos eran destinados a la extinción inmediata e inútil, no obstante eran riqueza”.

Ahora bien, el economista añadía que la disipación del esfuerzo había sido también prodigiosa, al igual que la atmósfera de despilfarro, lo que molestó a **“cualquier espíritu ahorrativo o providente”**.

Siguiendo a Backhouse y Bateson, la **Guerra Fría** también habría favorecido las políticas de demanda keynesianas puesto que, en la carrera para demostrar que el capitalismo era superior al socialismo, la gestión de la demanda agregada parecía ser el mejor sistema para evitar los fracasos que caracterizaron a la Gran Depresión.

Una última razón que añaden los autores al triunfo del keynesianismo fue el surgimiento de una nueva y compleja entre economistas profesionales y políticos. Comenzó a haber un aumento en la demanda de asesorías económicas sobre cómo manejar la economía, disciplina que ya comenzaba a ser considerada como *“una forma de ingeniería que podía ser utilizada para diseñar un sistema económico más eficiente que el capitalismo laissez-faire que le había fallado al mundo en la década de 1930”*. **Skidelsky**, por su parte, destaca otro factor que ayudó a que a la popularidad de la “TG”. En palabras de Skidelsky, las ideas de Keynes tomaron

relevancia dentro de las discusiones sobre política (años 1937-1938), no porque los implicados hubiesen leído la “TG”, sino debido a que esta encajaba con las preocupaciones de la élite gobernante. Continuación, Skidelsky cita las acertadas palabras de Schumpeter:

“La mayoría de las personas que admiran a Keynes aceptan el estímulo, toman de él la parte con la que congenian y dejan el resto”.

Backhouse y Bateson también se refieren a los **continuadores de las ideas de Keynes** como los ya mencionados Alvin Hansen, y su influyente *“A Guide to Keynes”* (1953) y John Hicks, y el desarrollo del modelo IS-LM. Frente a estos trabajos Keynes, por ejemplo en el caso de Hicks, mostraba una recepción positiva e incentivaba a que continuara su trabajo, aunque sí objetó a Hicks el descuido de las expectativas y la incertidumbre. Igualmente receptivo se mostró hacia otros economistas como el ruso **Abba Lerner (1903-1982)** quien cursó sus estudios en el London School of Economics y pasó unos meses en Cambridge donde entró en contacto con Keynes. Cabe señalar que tanto Hicks como Lerner recibirían. Sobre este tema escriben Backhouse y Bateman:

“La tranquilidad con la que Keynes animaba a otros en sus receptivos trabajos pone de manifiesto el deseo del autor de establecer su legado a través del desarrollo y extensión de su propia obra, en lugar de demandar algún tipo de estricta adhesión a la forma original de sus ideas”.

Así, uno de los problemas que planteaban estos economistas con orientación matemáticas era el descuido que hacían de las expectativas y los “animal spirits”. En lugar de ello, apuntan Backhouse y Bateman, estos asumieron la existencia de un individuo ficticio que se mantenía ajena a las influencias externas, por ejemplo, al efecto rebaño. Sobre este tema los autores afirman que la matematización posterior de la teoría keynesiana planteó el problema de saber hasta qué punto el

uso de las matemáticas excluía el análisis verbal que Keynes incluía y que intercalaba con el álgebra.

Otras observaciones críticas a Keynes proviene del economista liberal **Juan Ramón Rallo, también influenciado por la Escuela Austriaca de Economía.** Rallo sigue el mismo camino de Hazlitt, es decir, emprende una constructiva crítica de las ideas de Keynes pasmadas en su “TG”. El autor escribió un libro (dedicado a los keynesianos de todas las Escuelas) que emprende una crítica contra la Teoría de General siendo su título (parafraseando el de Henry Hazlitt): *“Los errores de la Vieja Economía. Una refutación de la Teoría General del Empleo, el Interés y el Dinero de John Maynard Keynes”* (2011).

Ahora bien, este libro de Rallo no constituye una puesta al día del libro de Hazlitt, puesto que el economista español lleva acabo una crítica económica original contra la teoría de Keynes que no está desarrollada en el de Hazlitt. Sin entrar en el detalle del libro, Rallo revisa los conceptos económicos que utiliza Keynes y cómo este, de acuerdo a Rallo, los tergiversa o incluso los utiliza sin comprenderlos a cabalidad. Por ejemplo, tenemos el tema de las expectativas y la idea de que el sistema económico se encontraba gobernado (las oleadas de optimismo y pesimismo).

Si bien Rallo concuerda con el papel fundamental que juegan las expectativas, lo que no acepta es la descripción arbitraria que Keynes hace de estas en su “TG”, en otras palabras, son explicadas de manera superficial sin que se expliquen razones de fondo que den cuenta de sus cambios. Sumado a esto, Keynes no da cuenta de los mecanismos que tienden a favorecer la formación de expectativas consistentes entre sí y con la realidad, escribe Rallo. Frente a esto, el economista español destaca el papel de los precios como señales y como punto de partida para la formación de expectativas. En palabras del autor:

“Lógicamente, como decíamos, los precios no son un punto de llegada para desarrollar expectativas consistentes y realistas, sino un punto de partida. Nada impide que los precios transmitan una información irrelevante (información que no incita ningún cambio de acción) ni tampoco que incluso los individuos interpreten erróneamente la información relevante que sí puede transmitir”.

El punto de Rallo es **que se han desarrollado un serie de mecanismos para corregir estos errores**. Los primeros son **de carácter preventivo**, como es el caso del mercado de futuros que, si bien no siempre aciertan (en anticipar los precios en el futuro), sí permiten que se conozcan los precios que los agentes esperan que sean en el futuro. Otro mecanismo que previene las descoordinaciones entre los agentes es la bolsa de valores, donde se transan acciones o títulos de propiedad de las empresas. El precio de estos títulos, en el largo plazo, tienden a reflejar el valor presente de flujos futuros que los inversores esperan, de manera que las cotizaciones también proporcionan información a este respecto.

En lo que respecta a **los mecanismo correctivos**, Rallo destaca, en primer lugar, la quiebra. Así, por ejemplo, si el promotor que construye viviendas ya no las puede enajenar en el corto o mediano plazo a precios que cubran sus costes, entonces terminará quebrando y es aquí cuando entra el segundo mecanismo correctivo: la rebaja de precios. Con esto, Rallo quiere dar a entender que los activos malinvertidos, así como también los recursos mal utilizados, lo cual tendrá como consecuencia el que sean redirigidos hacia nuevos usos. Otras críticas del autor apuntan a que Keynes es el uso que Keynes hace de **renta**, puesto que usa el concepto de renta bruta para referirse a lo que, en realidad, es la renta neta.

También critica a Keynes por afirmar que la renta del empresario es su beneficio bruto. El beneficio bruto es = Ingresos por ventas – Gasto por Ventas, mientras que el Beneficio Neto se obtiene restando a lo anterior: Gastos comerciales y administrativos, amortizaciones, provisiones e intereses. **Otra crítica, más general**, apunta a la idea de que por medio de un estímulo de la demanda agregada ($C + I +$

G + X- I) se puede alcanzar el pleno empleo (¿acaso es posible alcanzar algo así como el “pleno empleo”?). Como explicó en un artículo del 2011 titulado “Refutación express de Keynes”, Rallo escribió:

“Y lo esencial es que cuando, despojamos al inglés de toda su pomposa retórica, lo que nos queda es lo siguiente: las crisis se deben a que la gente deja de gastar, por consiguiente la misión de la política económica es estabilizar el nivel de gasto; si el gasto es insuficiente como para absorber toda la producción a los precios actuales, entonces se cerrarán empresas y se despedirá a trabajadores; si el gasto es superior al necesario para absorber toda la producción, se generará inflación”.

Continúa explicando el economista español que estas políticas de estímulo de la demanda agregada significa que debemos preservar las empresas que peligran con quebrar, lo que significa que hay que forzar a que alguien se coma sus productos, lo que se traduce en estímulos fiscales y una reducción (artificial) de los tipos de interés. Si tal medida no funciona, entonces habrá que mirar hacia el extranjero y buscar que los productos se vendan al exterior por medio de la devaluación monetaria y el consecuente estímulo de las exportaciones. Por último, podría ser el gobierno el que pueda gastar como le plazca los impuestos recaudados.

El punto de Rallo es que inversores y consumidores son forzados a pagar por cosas que no desean, puesto que el objetivo “social” del gobierno es que el desempleo no aumente. Pero toda esta “lógica keynesiana” obedece a la separación artificial que hace Keynes de la oferta y demanda agregada, por un lado la capacidad productiva y, por el otro, el deseo de absorber esa capacidad productiva (recordemos que Keynes rechaza la “Ley de Say” y como señala Rallo, la sustituye por la “Ley de Keynes”, en donde la demanda crea su propia oferta)

En este contexto, es la demanda agregada la que constituye el “auriga”, aquella que tira del carro de la economía. Así, y como señala Rallo, la riqueza de una nación no

radicaría en la cantidad de bienes y servicios que produce. Por el contrario, para Keynes la sociedad más rica es la que quiere gastar más, de manera que la política económica pasa al lado de la demanda (y no de la oferta). La crisis petrolera de la década de 1970 dejó en evidencia los límites de esta política centrada en la demanda (pero no terminó con la influencia del keynesianismo)

Rallo también se refiere a otros temas que examinamos con Rothbard, me refiero a la **demanda especulativa de dinero** (atesoramiento). Para Keynes, es la incertidumbre respecto a los tipos de interés futuros la causa de que los agentes económicos prefieren mantener saldos de tesorería en lugar de invertir en bonos. Esto se explica a la oportunidad de comprar bonos a precios más bajos, pero tal situación se dará cuando los tipos de interés vuelvan a subir. Para entender lo anterior, se debe tener en consideración de que existe una relación negativa entre el precios del bono y el interés de este mismo. Por ejemplo, el lector puede comprar un bono a 30 años, cuyas características son:

-VN: \$100 (lo que te devolverán al final de los 30 años)

-Cupón: \$5

-Interés: 5% anual

Imagine que el año siguiente se lleva a cabo la emisión de nuevo bono con las siguientes características:

VN: \$100

-Cupón: \$6

-Interés: 6% anual

Ahora imagine que el lector necesita “liquidez” y, por ende, debe vender su bono. Pero ante la nueva situación deberá preguntarse: ¿Acaso alguien querrá comprarlo tras la emisión del nuevo bono? Recordemos que la rentabilidad del suyo (con un

LIBERTY & KNOWLEDGE

VN de 100) es de 5% mientras que del nuevo bono emitido (con VN 100) es de 6%. De acuerdo a lo anterior, para equiparar la rentabilidad y atraer compradores, deber disminuir el precio a \$83.33 puesto que: $5/83.33 = 6\%$ (de rendimiento). Así, y como veremos a continuación, las personas no necesitan atesorar para esperar a que el interés suba puesto que pueden utilizar instrumentos financieros que los pueden proteger del riesgo.

Si bien Rallo reconoce la influencia de la preferencia por la liquidez tiene una influencia sobre los tipos de interés, el prolema es que tal influencia no es única y absolutamente determinante. La razón de esto ya lo vimos con Hazlitt y es que el tipo de interés depende de la preferencia temporal y la aversión al riesgo. Además de lo anterior, Rallo explica que en los modernos mercados financieros los especuladores que apuestan por una subida del interés no necesitan atesorar el dinero mientras esperan lo anterior. Existen otras alternativas como los mercados de futuros, por ejemplo, una opción “put” o contrato en virtud del cual el comprador adquiere el derecho, aunque no la obligación, de vender un activo a un precio determinado, antes de una fecha de vencimiento específica

Sumado a esto, Rallo recuerda algo obvio y es que no existe “un tipo” de interés en el mercado, sino que una pluralidad de estos que varían de acuerdo al plazo y del riesgo del intercambio entre bienes presentes y futuros. Por lo demás, el atesoramiento del que nos habla Keynes vendría a ser un “*caso extremo de preferencia por la liquidez*” y el hecho es que, un mayor atesoramiento exista empujará los precios a la baja. En una economía bajo un patrón oro la consecuencia será una mayor explotación de minas de oro para satisfacer la demanda de liquidez por parte de los agentes económicos. Recordemos también que se considera como dinero los cheques de viajeros así como también los depósitos a la vista que, en virtud de la reserva fraccionaria, el dinero puede expandirse dentro de la economía.

¿Por qué sigue vivo el pensamiento de Keynes? En el Epílogo del Libro de Rallo, el economista **David Sanz Bas** afirma que sería una ingenuidad pensar que la crisis petrolera de la década de 1970 asestó un “golpe mortal” a Keynes, puesto que lo que realmente sucedió fue que su pensamiento quedó dormido. Por lo demás, como afirma irónicamente el mismo economista, *“hay muchos motivos para pensar que no hace falta mucho ruido para despertarle”*. La razón de ello anterior es que el keynesianismo encaja bien dentro de la cosmovisión de los economistas mainstream (ortodoxa), de la gente corriente y los políticos. En palabras de Rallo: *“(...) cada uno de estos grupos tiene una cierta natural predisposición a aceptar los planteamientos keynesianos (...)”*. Revisemos brevemente estas ideas.

1) ¿Por qué siguen vivas las ideas de Keynes entre los economistas mainstream? Aquí el autor enumera 4 puntos. **En primer lugar** Sanz, recurriendo implícitamente a la “Contrarrevolución de la Ciencia” de Hayek, explica que estos economistas están cegados por el cientismo. Con esto quiere dar a entender lo mismo que pretendió Hayek en su momento: utilizar mecánicamente y acríticamente las herramientas usadas en las ciencias naturales para explicar los procesos sociales. Sí, lo que subyace a esto es el empirismo, esto es, el enfoque metodológico de acuerdo al cual solo pueden considerarse como científicas las teorías que pueden demostrarse empíricamente. Así, esto significa desterrar la veracidad de los razonamientos apriorísticos-deductivos. En virtud de esta perspectiva, comenta Sanz, parece obvio para estos economistas que el aumento de la demanda agregada trae consigo un aumento del empleo y que, por lo tanto, el desempleo se explica porque el gasto es insuficiente. Pero tal forma de razonar, explica el mismo autor, es una ilusión estadística que admiten hipótesis falsas y pasan por alto las explicaciones lógico-deductivas. En palabras del economista español:

“Así, el empirismo cientista tiene una gran predisposición a aceptar teorías falsas como la keynesiana bajo la falsa ilusión de certeza que proporcionan las relaciones

estadísticas y a descartar teorías sólidamente construidas sobre razonamientos apriorístico-deductivos como la teoría austriaca”.

En segundo lugar tenemos lo que señalamos anteriormente con Roger Garrison, y es que la economía mainstream carece de una teoría del capital, es decir toda la compleja estructura productiva, así como la red de millones de empresas que toman decisiones y se coordinan entre sí tanto inter como intratemporalmente. Los economistas mainstream, por ende, al operar con agregados económicos, utilizan conceptos como “inversión agregada” y “stock de capital” (como si este fuese una masa homogénea). **En tercer lugar** tenemos lo ya mencionado, esto es, las simplificaciones en las que incurre la economía mainstream al utilizar los agregados económicos, con la consecuente ignorancia respecto a la complejidad de los sistemas económicos.

Por último, el autor menciona la “Fatal arrogancia” (otro concepto de Hayek), es decir, que estos economistas piensan que es posible disponer de toda la información y conocimiento necesario para tomar decisiones. Tal actitud se vería reflejada en la existencia de élites económicas que pretenden determinar impuestos “óptimos”, tipos de interés “más convenientes” o la cuantía de subvenciones para distintos sectores económicos. Quizás esta arrogancia se plasmó en todo su esplendor en los modelos de planificación central socialista que, en ausencia de libre mercado, sistema de precios y emprendimiento, terminó por colapsar.

2) ¿Por qué siguen vivas las ideas de Keynes entre los los ciudadanos y los políticos? En el caso de **la gente común** se explica porque las ideas de Keynes, bajo una primera mirada parecen intuitivas y razonables, después de todo, si no vendo mis productos es porque nadie los compra, por ende, si estimulan la demanda “entonces” venderá mis productos. Paso seguido llevamos ese razonamiento se extrapola desde el ámbito microeconómico al macroeconómico concluyendo que Keynes tenía razón, y se da así la espalda a todas las demás consecuencias no

previstas (siguiendo a Bastiat, se quedan con “lo que se ve” e ignoran “lo que no se ve) **En cuanto a los políticos**, Sanz señala una crítica común y es que el keynesianismo se ha transformado en el armazón teórico que justifica y defiende el gasto público y el déficit presupuestario, algo que va en consonancia con las pretensiones de los políticos quienes, en busca de votos, utilizan el presupuesto estatal para su propio beneficio: manetenerse en el poder.

Terminemos esta serie de artículos con el siguiente célebre pasaje de Keynes:

“(...)las ideas de los economistas y los filósofos políticos, tanto cuando son correctas como cuando están equivocadas, son más poderosas de lo que comúnmente se cree. En realidad el mundo está gobernado por poco más que esto. Los hombres prácticos, que se creen exentos por completo de cualquier influencia intelectual, son generalmente esclavos de algún economista difunto.

John Maynard Keynes. La Teoría General del Empleo, el Interés y el Dinero
(Capítulo 24)

LIBERTY & KNOWLEDGE

LIBERTY & KNOWLEDGE